

# La Ilustración Artística



Artística

Año XVI

← BARCELONA 30 DE AGOSTO DE 1897 →

Núm. 818



GRATAS TAREAS, cuadro de Mlle. Nourse

(Salón del Campo de Marte de París. 1897)



**Texto.**—*Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Casimiro Sainz*, por R. Balsa de la Vega. — *La buena muerte*, por Alberto Díaz de la Quintana. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Isabel, la de los cabellos de oro*, novela (continuación). — *El centenario de la defensa de Santa Cruz de Tenerife en 1797*, por A. García Llansó. — Libros enviados á esta Redacción.

**Grabados.**—*Gratas tareas*, cuadro de Mlle. Nourse. — *Casimiro Sainz.* — *Islas Filipinas.* *Cavite. Río Cay-sabo Bina-bangán.* — *Batangas. Arado arrastrado por un toro.* — *Cavite. Fondo del barranco de Halang.* — *Madrid. El entierro del Sr. Cánovas del Castillo á la salida de la Huerta*, dibujo de Passos. — *El entierro del Sr. Cánovas del Castillo á su paso por la Castellana*, dibujo de Vázquez. — *Corona dedicada á la memoria del Sr. Cánovas del Castillo por el ayuntamiento de Barcelona*, ejecutada por el Sr. González, según dibujo de José Luis Pellicer. — *El cardenal Monescillo, arzobispo de Toledo.* — *El cardenal Monescillo pocos momentos antes de morir.* — *El entierro del cardenal Monescillo á su entrada en la calle de Alfilereros.* — *Juventud*, cuadro de C. Chaplin, grabado por Baude. — *D. Manuel Méndez de Andés.* — *Santa Cruz de Tenerife. Fiestas del centenario del ataque de la escuadra inglesa al mando de Nelson. El orfeón que cantó el solemne tedium.* — *El batallón infantil en el momento de recibir la bandera en la plaza de la Constitución.* — *La procesión cívica del pendón de la ciudad dirigiéndose á la iglesia matriz.* — *La procesión cívica á su paso por la calle de San Francisco.* — *Una malaqueña*, cuadro de Pedro Sáenz.

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La muerte y los muertos. — Tristezas y soledades. — Muerte del filósofo Vacherot. — Sus cambios filosóficos y políticos. — Asesinato de Cánovas. — Su inteligencia y su carácter. — Muerte de Monescillo. — ¿Era carlista? — Conclusión.

Dicen por ahí las gentes que una larga vida cosecha celestes bendiciones y representa en quien la consigue, no sólo robustez del cuerpo, fortaleza del alma. Sesenta y cinco años tengo yo; por causa y razón de mi salud puedo prometerme algunos más en el discurso natural de este río sin reposo llamado la vida; y por grande bendición que los muchos años sean, créame quien me leyere, los temo, no los deseo. Y no deben desearse por nadie que de sentir afectos humanos se precie, si considera cómo bosteza el hambre de la eternidad á diario, tragándose allá en sus abismos insondables tantos y tantos seres queridos como nos abandonan y nos dejan solos en las tristes playas del tiempo, cuando nos creíamos de ellos inseparables hasta por la muerte, cuya guadaña esperábamos en Dios se embotaría sobre lazos tenidos en nuestro corazón por indisolubles é inmortales. Yo he visto el cerebro de Cánovas, radiante un día y difundiendo éter ideal, atravesado por unos adarnes de plomo y roto en pedazos á manera de cualquier mísero ladrillo amasado con cal fría; yo he visto exanguies, con amarillez de cirio mortuorio, aquellos labios rojos donde vibraba el verbo de la más alta elocuencia: no quiero ver más, pues enseñanzas tales hacen desesperar del destino de nuestra especie y temer se interrumpa en lo vacío la escala misteriosa de Jacob por donde nos imaginábamos subir á lo infinito en busca y posesión de lo perfecto. ¡Cuántos muertos! Y á la vista de tantos muertos, en vano el sol brilla, el cielo sonríe, la ola espuma sus aguas celestes en el escollo estriado como un diamante, las arboledas exhalan su oxígeno vivificador de la fresca fronda, visten las montañas del color de la violeta, prados del color de la esmeralda; el universo todo se nos aparece como un cruento campo de batalla, donde reina la muerte con absoluto imperio, y los mortales como tiburones, quienes, después de haber devorado á sus semejantes más débiles, se comen unos á otros con resoplidos de cóleras, coletazos de combate, quijadas de voracidad, movidos á estas obras carniceras, que de sangre tiñen el Océano, cubierto con diluciones de levadura vital, por el genio de las tinieblas, diciéndonos cómo supera, no obstante nuestras ufanías y soberbias, al amor y á la caridad, el odio y el exterminio.

\* \* \*

Tres muertos hemos llorado en estos días: Vacherot, Cánovas, Monescillo; gran filósofo el primero, gran estadista el segundo, gran prelado el último, los tres á una entrañables amigos míos en este mundo triste, donde tengo tantas y tan preclaras amistades juntamente con innumerables enemigos. Todavía recuerdo al Vacherot del año setenta y cinco, tan reflexivo en el pensar como claro en el exponer, sobre

las playas de Normandía sentado, por los topes de las altas dunas, entre cuyas raíces el mar hervía, repartiéndose de lo invisible y de lo perdurable conmigo en un diálogo, que por su parte, no por la mía, bien podíamos calificar de coloquio científico á lo Platón. Ciertamente no estábamos en el sitio donde los diálogos platónicos revelaron al mundo maravillado el Verbo de Dios y la inmortalidad del alma; no se veían allí lucir bajo cielo meridional crestas opaladas del Hibla henchido de áticas mieles y arrullado por estivales cigarras y áureas abejas; el aire no estaba cargado con el aroma voluptuoso de las rosas y de los jazmines helénicos; no corría entre adelfas de Apolo el arroyo castalio, derivado de la fuente ubérrima, en cuyos bordes los artistas se congregan y de cuyas aguas beben la inspiración los poetas; el horizonte gris, el helecho boreal, el olor de algas, el suelo compuesto por las mareas, el aire de tormentas cargado, inspiraban tristezas profundísimas y tiraban del ánimo hacia grandes consideraciones sobre la muerte. Añadíase á esto que acababa de caer Francia en su derrota, bajo una República, cuyo primer lustro iba entonces cumpliéndose con suma inquietud y trabajo sumo. Reveses de tal gravedad influyen hasta sobre pensadores que han procurado aparecer como seres abstractos. Vacherot, discípulo de Hegel hasta Sedán, de Hegel esencialmente germano, buscaba otra doctrina, la cual no hubiese nacido en tierras tan funestas para su patria como Alemania. Yo le felicité por su patriotismo de todo corazón; pero le argüí por su filosofía de poco circunspecto. ¿Porque ganaron la batalla de Waterloo los ingleses sobre Napoleón, habría que cambiar la ciencia del cosmos á lo Newton, revelador verdadero, con cualquier otra explicación perteneciente á un sabio nacido en pueblo aliado de Francia? Vacherot me pronunció un discurso, admirable de forma y fondo, para decirme había encontrado su nueva doctrina en la lectura y meditación del sabio Spencer, inglés. Debe notarse que aún reinaba en Egipto el condominio de Francia con Inglaterra. Ignoro si tras la exclusiva ocupación inglesa, el gran maestro francés habría de doctrina cambiado, como se creyó en la obligación de cambiar tras el nefasto Sedán. Mas debemos recordar cómo, acogándose á Spencer, mi amigo ilustre no se preservaba de Hegel. Imposible una doctrina que sea prole sin madre. Toda idea produce otra idea. Si el dogma de la concurrencia vital fué trasladado por Darwin desde los principios fundamentales del mayor sistema económico moderno á la explicación del origen de las especies, el dogma de la evolución universal, explicado tan prolijamente por Spencer, al aplicarlo así á lo espiritual como á lo material, es un dogma recogido en las entrañas del pensamiento hegeliano. Si la ciencia de Kant y de Hegel no ha podido desasirse de Platón y Aristóteles tras tantos siglos, ¿cómo desasirnos ahora nosotros de Kant y de Hegel? Historiador fiel de las escuelas alejandrinas, á quienes alzó un verdadero monumento; profundísimo comentador de la filosofía contemporánea en sus diálogos científicos; político al modo sabio en su libro de la Democracia, como Vacherot cambió Hegel por Spencer en las ideas filosóficas, también en sus preferencias sociales cambió la república por la monarquía, pero movido de honradas convicciones y dejándonos el ejemplo de una vida sin mancha y de una honradez en el pensar sin eclipses y en el proceder sin desmayos.

\* \* \*

Puedo discurrir con serenidad y aplomo de Vacherot, y no puedo discurrir de Cánovas con la misma serenidad y el mismo aplomo. Vacherot era un amigo del pensamiento; Cánovas era un amigo del corazón. Vacherot me llevaba muchos años de edad; Cánovas tenía poco más ó menos mis años. A Vacherot le guardaba un culto científico; por Cánovas sentía un afecto exaltado de camarada escolar. Imposible comparar el dolor sufrido á la muerte natural de Vacherot con el dolor sufrido á la muerte violenta de Cánovas. Nuestra misma perpetua contradicción de ideas aproximaba nuestros perennes sentimientos. Eso de contradecirse y disputar á la continua sin reñir nunca era un encanto. Si por espacio de un lustro llegamos á no saludarnos, obra fué de nuestros partidarios esta, no de nuestros corazones. Hubo más canovistas que Cánovas y más castelarietas que Castelar, aun pasando los dos por muy pagados de las sendas personas nuestras, tenido él generalmente por soberbio á lo déspota y tenido yo por vanidoso á lo artista. Cuando leo estos juicios, no los contradigo, levanto los hombros y exclamo: «Todo sea por Dios.» Una vez dije yo en cierto escrito que me había encontrado en mi vida con dos amigos ilustres, uno en Francia, otro en España, los

cuales ejercieran poder omnímódo sobre sus dos naciones, Gambetta y Cánovas, dotados por el cielo de cuantas cualidades concede á sus predilectos, pero aquejadísimos de una debilidad grave: no poder sufrir ninguna contradicción. El artículo se publicó en un periódico de la mañana y hubo en la embajada inglesa baile aquella misma noche, al que asistíamos los dos. Apenas en el salón entré, dí de manos á boca con Antonio, como le llamaba yo siempre cariñosamente. Y al verme clama: «¿Cómo, Emilio, te atreves á decir que no puedo sufrir ninguna contradicción, cuando hace cuarenta años que te estoy sufriendo á ti, contradicción perdurable conmigo, en el diario, en el libro, en el parlamento, en el hogar?» Pues yo, cuanto menos asentía en mis riñas intelectuales con él á sus ideas monárquicas, más admiraba su genio inagotable. Cánovas fué toda su vida el primer polemista de la tierra. Leía refunfuñando contra el libro que pasaba por sus ojos aquel incansable lector. Amigo de sus maestros como nadie, los azotaba, mejor dicho, azotaba sus ideas, en las academias sabatinas con una dialéctica realizada por su maravillosa facundia, pues las palabras abundaban tanto en él como las ideas, y en un aparente desorden predominaba el método y en unas ampliaciones perpetuas predominaba el pensamiento. Yo he visto inteligencias telescópicas que sólo saben ver lo infinitamente grande, así como inteligencias microscópicas que sólo saben ver lo infinitamente pequeño. Cánovas tenía un microscopio y un telescopio en su inteligencia. No continuó. Cuando haya traído el tiempo algún calmante á mi dolor, lo historiaré con fidelidad escrupulosa y lo juzgaré con juicio sereno. Ahora lo veo tras mis lágrimas: dejad que lo lllore.

\* \* \*

D. Antolín Monescillo ha fallecido, casi al par que Cánovas, y enterado del fin cruel de éste, cuando le asaltaba su postrer agonía, entre los estertores dolorosos del cuerpo y las beatíficas visiones del alma, escribió, desde su lecho parecido á un túmulo, pésames iguales á los que habían de suscitar su cuerpo muerto y su recuerdo vivo pocas horas después. Era un celtíbero Monescillo, en quien lo ibero y el ingenio ibérico predominaban sobre lo céltico y la metafísica celta. Erguido, corpulento, el traje talar le prestaba una verdadera majestad y le disponía mucho para el primero de los efectos oratorios, el efecto que sin necesidad de hablar produce una gallarda prestancia, pues Monescillo, tanto al hablar como al escribir, era un orador verdadero. Así profesaba grande amistad á los del oficio, á Cánovas, á Moret, á mí, á todos los demás conocidos, con excepción de Pidal, á quien toda la vida detestara, por razones teológicas, creía el arzobispo, en realidad por razones puramente políticas, esfera de acción donde nunca se hallaron acordes tan grandes oradores, consagrados por sus sendos caminos al servicio de la religión y de los sentimientos religiosos. Estatura esbelta, gesto irónico, ojos penetrantes, labios finos, color pálido, pelo castaño, Monescillo con la púrpura eclesiástica me parecía siempre, por la distinción de sus maneras y por la brillantez de su inteligencia y por la facundia de su palabra y por la gracia de su trato un prelado como los que dejara vivos el pincel de Pinturricchio en la divina librería de Siena. Hoy, que las clases altas no dan á la Iglesia en España príncipe ninguno eclesiástico, y que las clases medias sólo dan uno que otro, sacándose los sacerdotes del mismo seno de donde se sacan los soldados, del más humilde pueblo, Monescillo, aunque algo rural por su origen, mostraba distinción elegante, sin haber jamás pertenecido á la corte y menos á los cortesanos. El objeto de toda su vida fué la mitra de Toledo, y con la mitra de Toledo en su frente ha muerto el gran prelado. Por obtenerla tuvo alguna impaciencia, pero no hizo jamás ninguna baja. Su primer escrito, pues era un escritor clásico, el que lo elevó entre nuestros más eximios doctores sagrados cuando había ya muerto Balmes, fué la refutación de los anatemas lanzados, á fuer de neófito, por el gran Donoso Cortés sobre la humana razón; y las últimas palabras que yo le oyera, hoy hace dos meses, dentro de su palacio arzobispal, tendido en la cama donde había de morir, fué una elocuente apología de León XIII, fundada en el amor de tan glorioso pontífice á la libertad y en los esfuerzos hechos por hermanar la República con la Religión en Francia. Dicen los carlistas que fué siempre de don Carlos; yo tengo documentos irrefragables para decir que perteneció á la democracia. Pero si fué carlista en este mundo, ya se habrá convencido en el otro de que D. Carlos no triunfará nunca. Dejémoslos en paz.

San Sebastián, 20 de agosto de 1897.



CASIMIRO SAINZ

También pertenece al número de los muertos, aun cuando todavía «esté en pie,» como dijo el gran Gustavo. Es un muerto vivo ¡ay!, pero que vive como vivió los dos ó tres últimos años de su existencia el *Greco*, como vivió durante otro número de años igual el insigne autor de *Lucia di Lammermoor*, sumido en un mundo caótico al que pondrá fin la interrogante de *Hámlet*.

Hace ya seis ó siete años que Casimiro Sainz murió; los últimos destellos de su inteligencia están grabados por su mágico pincel en unas cuantas tablitas y en unos lienzos pequeños. Aquel chispeante cojo (porque Casimiro es cojo), cuyos chistes nos hacían reír á carcajadas á todos cuantos fuimos sus amigos, ha enmudecido para siempre; sus palabras hoy son gritos de extraño lenguaje; sus miradas, llenas de maliciosa y socarrona gracia, son ahora miradas espantables que se clavan dolorosamente en el corazón del que va á ver cómo muere en la casa de locos de Carabanchel.

— Escúchame, Casimiro, le decía hace ya algún tiempo un colega suyo, creyéndole en un momento de lucidez. Te traigo pinceles y colores, porque don Fulano (aquí el nombre de un aficionado que solía comprarle algunos cuadritos), me ha encargado que le pintes una tablita que le recuerde este paisaje que tú interpretas tan admirablemente.

Casimiro echó á correr agitando un extraño sombrero de papel y al propio tiempo gritando:

— ¡Alto, señores, alto! ¡La religión y las armas son hermanas!

Dos años antes de esto, lo encontré en Santander. Llovía á torrentes y Casimiro llevaba unas alpargatas blancas, completamente empapadas. Me conocí y me tendió la mano; con la izquierda sujetaba un cartapacio.

— ¿Qué llevas ahí?, le pregunté señalando el cartapacio.

— Un trabajo que estoy haciendo.

— ¿Pictórico?

— No, me dijo secamente.

Como yo callase por no saber qué rumbo darle á la conversación, dulcificando la expresión de su rostro me preguntó:

— ¿No tienes deseos de saber qué clase de trabajo es este?

— Creí que sería indiscreto, repuse.

— Tú no eres indiscreto, y por eso te lo voy á decir.

Y bajando la voz y deteniéndose en medio de la calle, continuó:

— Es un estudio filosófico de interés grandísimo. Relación filosófico-social entre la religión y las armas.

Y se quedó mirándome con ojos que herían.

— ¡Magnífico, chico, magnífico!, le dije fingiendo gran admiración. ¿Abandonas por lo visto los pinceles?

— Tú no dirás nada, repuso sin hacer caso de mi

pregunta. Tú no querrás que me quede sin la gloria del pensador. Porque de este asunto no ha tratado nadie todavía.

— Vamos, por lo visto has abandonado la pintura. Ya no somos colegas, volví á decirle.

Quedóse pensativo y enmudeció durante largo rato. Al cabo se despidió de mí murmurando:

— Mañana nos veremos. Tengo mucho que hacer.

— Mañana me marchó, le dije.

Ya había echado á andar y volví á mí.

— ¿Te marchas? ¿Te marchas á Madrid?

— No: á América.

— ¡A América! Pero ¿te marchas á América? Pues entonces te voy á enseñar algo que estoy pintando.

Y echó á correr. Le esperé un rato y apareció Casimiro con una caja de campo. La abrió y vi una maravilla, como todas las suyas. Un paisaje de los alrededores de Santander. Paisaje melancólico de otoño, con los arbolitos grises, casi sin hojas: la montaña, en cuya falda destaca la ciudad santanderina, envuelta en ligera y húmeda niebla; el suelo del primer término, apenas indicado, parecía empapado en agua; el cielo plomizo. ¡Cuánta verdad! Pero ¡qué triste!

Dejemos al Casimiro que ha muerto para el arte; vamos á recordar al Casimiro vivo, chispeante, con arranques originalísimos.

Vivían en un mismo estudio Eugenio Oliva, pintor de mérito, y Casimiro Sainz. Una tarde este último preparó los bártulos y se marchó á la sierra del Guadarrama á pintar. Pasaron seis ó siete días sin que Oliva tuviese noticia alguna de su colega, hasta que una tarde, al subir las escaleras de la casa donde tenían el taller, notó que olía á quemado, y que el olor, cuanto más se acercaba al cuarto-estudio, era más fuerte. De tres en tres concluyó Oliva de subir los escalones que le faltaban, y franqueando de un salto la entrada de la habitación, la ve envuelta en humo. Tranquilamente sentado en un ángulo del taller estaba Casimiro, y en medio del suelo ardía un montón de apuntes al óleo, tablitas casi terminadas de pintar, en fin, todo el arsenal de notas de color, de apuntes, de recuerdos, etc., que constituye la íntima manifestación del genio del artista.

— ¿Qué haces?, gritó Oliva mientras se dirigía á la hoguera y comenzaba á desbaratarla.

— Deja que arda toda esa porquería, exclama Sainz. Somos unos necios que no pintamos una sola palabra de verdad. Créeme, deja que ardan esas vergüenzas. Mira, prosiguió echando mano á unos cuantos apuntes que conservaba á su lado. ¿Ves esto? Pues esto no es más que algo así como un mal recuerdo de lo que vi en la sierra.

Oliva miraba aquellos paisajes asombrado, y no acertaba á calificarlos más que de maravillas.

En cierta ocasión le preguntábamos por el motivo de su cojera.

— Pues nada. Que me subí á un manzano cuando era chiquitín y me caí; de resultas quedé cojo.

Pasara algún tiempo, y á otro que no sabía la causa del defecto físico de Casimiro se le ocurrió preguntarle lo ya dicho. El pintor santanderino se quedó un momento pensativo y al cabo dice:

— Chico, no recuerdo.

— ¡Cómo! ¿No recuerdas eso?, responde admirado el que hacía la pregunta.

— Sí, sí. Ahora me acuerdo. Se me antojó, cuando yo era un chiquillo todavía, pescar truchas, y del baño de pies me sobrevino un reuma terrible, y... ahí tienes la causa.

— ¡Eh, Casimiro!, tú nos has dicho, hace poco tiempo, que habías quedado cojo de una caída.

— ¿Os he dicho eso? Pues entonces eso sería.

— Vaya, ¿se puede saber de qué cojeas?

— ¡Hombre, eso á la vista está! De la pierna izquierda.

Hacia algún tiempo que no veía yo á Casimiro, y una noche lo encontré en el Círculo de Bellas Artes.

— ¿Qué haces ahora? ¿Pintas algo?

— No me hables, chico; estoy empeñado en un duelo á muerte con la sabia Naturaleza.

— ¿Cómo es eso?

— ¿Que cómo es? Pues mira, yo empeñado en hacerle comprender á esa señora que no soy escribano, y ella erre que erre, empeñada en hacerme creer que lo soy.

— Vaya, habla seriamente.

— ¡Caracoles, pues si no estoy haciendo otra cosa en este momento! Figúrate que hace días que he plantado mis reales en una de las orillas del caudaloso Manzanares, con el objeto de trasladar al lienzo el primoroso paisaje ribereño y la no menos encantadora silueta de la villa y corte; y tan pronto como doy por terminada la sesión del día ¡cataplún!, sopla la sabia Naturaleza y cubre de arenilla lo pintado. Y así estamos; es decir, ella está bien, supongo yo, pero este prójimo sin un céntimo.

— ¿Cómo tienes el cuadro?, le preguntaba cierto día un amigo suyo.

— Con viruelas.

— ¿Cómo con viruelas?

— Sí, hombre, sí. Esta mañana le cayó un chaparrón encima, y de la impresión...

Entre las condiciones salientes de Sainz pintor una de ellas era *saber ver*, como se dice en el *argot* del arte. Todos los juicios que emitía (siempre á pe-



Casimiro Sainz

tición de sus compañeros) eran breves, precisos y graciosísimos al propio tiempo. Recuerdo en este momento dos de esos juicios que declaran cuán ciertos son los extremos que he apuntado. Recorriamos varios compañeros las salas de cierta exposición nacional de Bellas Artes, y nos paramos delante de una magnífica *Marina* de un pintor valenciano. La obra era admirada de todos; los elogios se sucedían (cosa no muy común entre gentes de un mismo oficio), pero notábamos algo en aquel cuadro que no concluía de hacer completa la ilusión óptica. Llevábamos un buen rato tratando de encontrar el *quid* de esta deficiencia sin que ninguno de los que allí estábamos acertásemos á verlo, cuando aparece Casimiro, se acerca á nosotros y enterado de lo que nos preocupaba se expresó así:

— Vaya; estáis tocando el violón. Lo que tiene esa preciosa marina es que le *faltan términos*; y como *pesan* tanto las aguas de la lejanía como las de cerca, resulta que no aparece clara la distancia.

Efectivamente, la observación del paisajista montañés era tan acertada, que inmediatamente nos dimos cuenta del defecto.

Vaya la segunda *crítica* de Casimiro.

También fué en una exposición. Delante de un cuadrado de pequeñas dimensiones estaban haciendo elogios varias damas y caballeros de gran tono. El cuadrado objeto de aquellos laudes era uno de tantos en que los casacones y los vestidos de medio paso y las cornucopias de rigor para la decorativa de las escenas familiares del siglo pasado, parecían de nácar y de hojas de rosa, y todo muy nuevecito. Casimiro se asoma por entre el grupo de los aristocráticos espectadores y haciéndonos una seña dice:

— ¿Eh? Esto sí que es cosa buena. Todo aquí está *pintado y con pinturas finas*.

Nosotros, que comprendimos el alcance de aquella crítica burlona, soltamos la carcajada. Molesto uno de los caballeros por las risas, se vuelve hacia el crítico y midiéndole de alto abajo, exclamó:

— ¡Con pinturas finas, sí, señor!

De nuevo soltamos el trapo, y ya iban los caballeros á responder con sobrada energía á nuestras carcajadas, cuando Casimiro, poniendo la cara más inocente del mundo, les dijo:

— No se incomoden ustedes, señores. Mis compañeros se ríen porque el señor (y señaló á uno de nosotros), que es el autor de ese cuadrado, se empeñaba en hacerles creer á sus padres (con el pecaminoso objeto de que soltasen *guita*) que pintaba con pinturas finas; y á las pinturas les sucede lo que á Marco Tulio Cicerón, que no hubo más que uno; quiero decir que todas las pinturas son unas y que no las hay ni más finas ni más ordinarias.

Y dando media vuelta y saludando muy cortésmente, se alejó del grupo aquel de damas y caballeros.

La primer noticia que tuvimos de la terrible enfermedad que apagó la luz de aquella inteligencia superior, fué la de un acto de arrebató místico. Una mañana, cuando más concurrida estaba la iglesia de las Calatravas, entró el notable artista, y arrodillándose en medio del templo, comenzó á dar grandes voces, arrepintiéndose de qué sé yo qué imaginarios pecados y á protestar en la fe.

Creímos todos que aquel accidente sería pasajero. Aún pintó después algunos cuadrillos; pero sus ex-

travagancias iban en aumento. Vestía algunas veces de la manera más extraña, y apenas sostenía razonablemente una conversación más allá de unos cuantos minutos. Muchos de los colegas del desgraciado artista velaron por él con verdadero cariño; mas todos los cuidados fueron vanos. Decidióse, no sé si por disposición facultativa, que marchase á su país natal. Quizás la vista de aquellas melancólicas y siempre verdes montañas y la pureza del aire y de los ali-

tes que no viven en las esferas del arte ha desaparecido como desaparece la de aquel á quien hace años que abriga ya en su seno la piadosa tierra.

R. Balsa de la Vega

### LA BUENA MUERTE

Jenaro Láñez había sido siempre un calavera, pero cuando se casó con Blanca, la sobrina del viejo marqués de Troux, sus costumbres cambiaron al pronto de tal modo, que no parecía el mismo.

El amor hace milagros, y no fué el operado en Jenaro el menos asombroso de tantos como se observan. Para el marido de Blanca toda la vida estaba en hacerla feliz, y consiguiéndolo, no era él menos dichoso que su hermosa mitad. Porque la sobrina del marqués era lindísima como las flores primaverales, buena como nos biografía á las santas y capaz de convertir al pecador más empedernido.

Antes de casarse, Jenaro había malgastado la mayor parte de sus cuantiosos bienes, y malas lenguas dijeron que, al pretender á Blanca, iba unido al cariño el pensamiento de disfrutar una colosal fortuna, la del marqués de Troux, ya achacoso y con un testamento hecho en regla, en el que nombraba á Blanca su heredera universal.

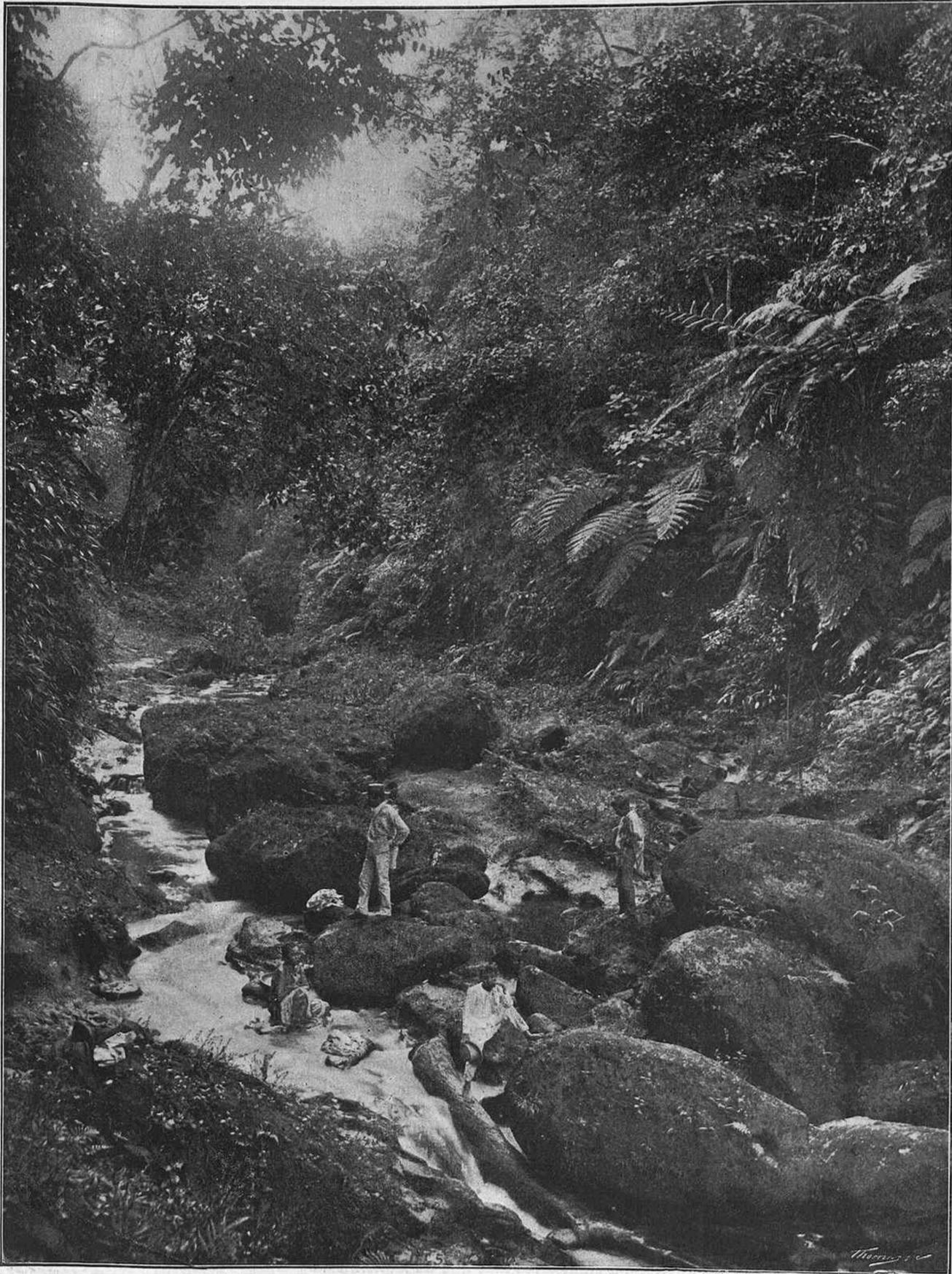
Pero el marqués seguía viviendo, y Jenaro esperando impaciente la prometida herencia que no acababa de llegar nunca.

Pasados los primeros meses, esa luna de miel siempre corta para todos, Jenaro volvió al mundo del que momentáneamente se había apartado, adormecido entre los brazos de su mujer, que le adoraba con delirio.

En vano Felipe, el antiguo ayuda de cámara del marqués, que quería á Blanca como á una hija, le había advertido del inminente

Propiedad de M. Arias Rodríguez

ISLAS FILIPINAS. — CAVITE. — RÍO CAY-SABO BINABANGÁN. — Se encuentra en las inmediaciones del pueblo de Indang y los naturales le denominan río Tibagán



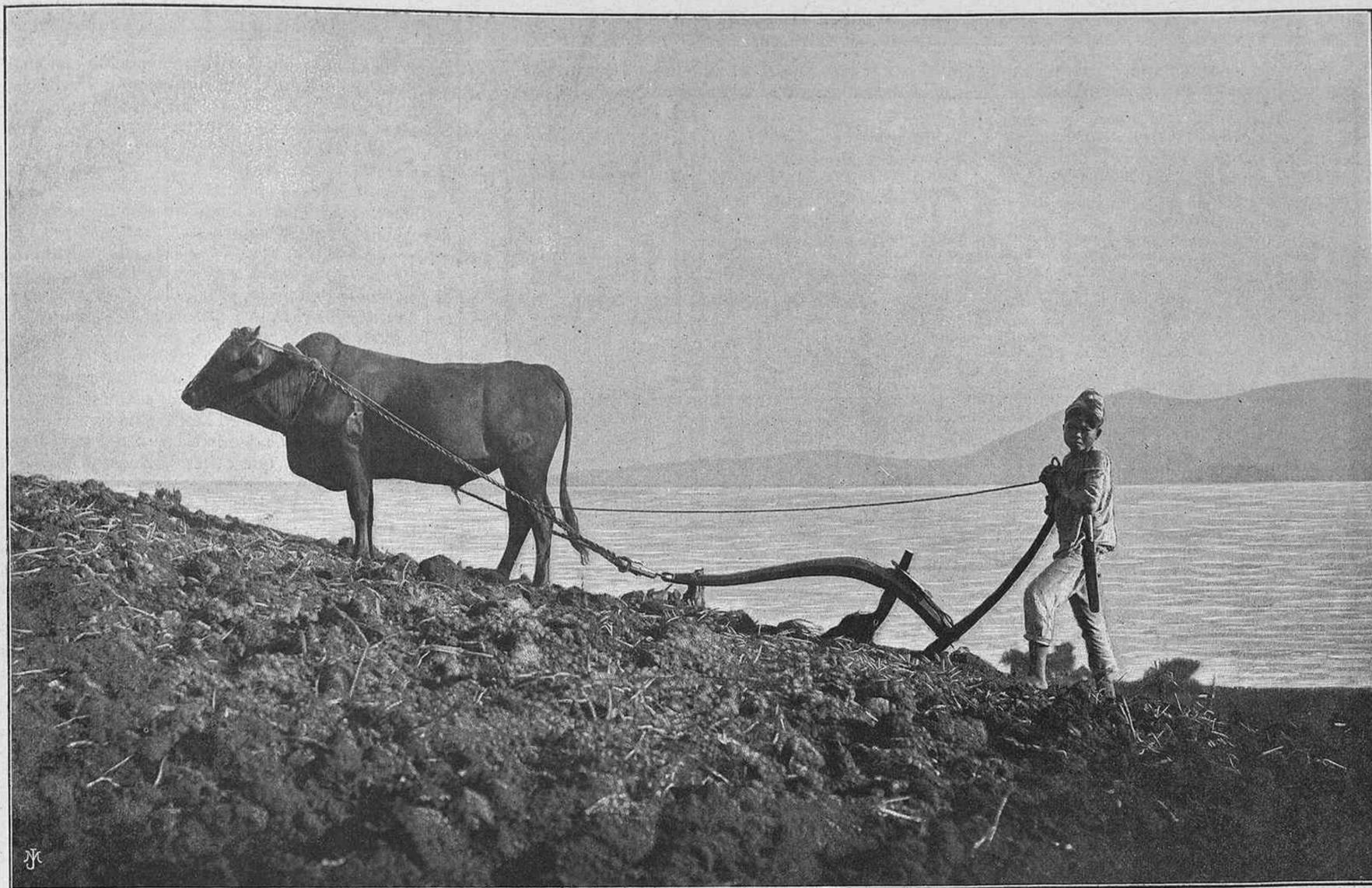
mentos, y más que todo, el alejarle de Madrid, donde tantos sinsabores había gustado luchando con su prodigioso pincel contra la sórdida usura de unos, contra la indiferencia de otros, pudiera llevar á su espíritu perturbado un reposo reparador. En esa temporada fué cuando le encontré en Santander. Marché á América, hondamente afligido del estado de Casimiro. Mis presentimientos no fueron, desgraciadamente, sin fundamento. Cuando regresé á la península supe que Casimiro había muerto para el arte, que su inteligencia había roto por completo sus lazos con el espíritu, sumiendo aquel cerebro en caos horrible, cuya negrura no ha vuelto á iluminar el más ligero y fugaz destello de razón.

Al presente hablamos del pobre Casimiro como de ser que ya no existe, y de la memoria de las gen-

riesgo á que se exponía aceptando aquellas ya olvidadas amistades de gentes sin pundonor ni vergüenza; Jenaro persistía en frecuentarlas, y por vez segunda, casi insensiblemente, volvió á llenarse de cieno, á beber, á jugar, á correr aventuras tan locas como temerarias.

Blanca había notado necesariamente el cambio operado en su marido; le reconvinó con la paciencia y sumisión propias de su carácter, pero Jenaro la convenció de que en todo aquello nada había de particular, y á fuerza de hipócritas caricias logró la relativa independencia que necesitaba para satisfacer su sed de vicio.

Comenzaron los despilfarros, las trampas, las demandas á la usura, la conversión de joyas en billetes de Banco, esa sucesión de hechos que anuncian el



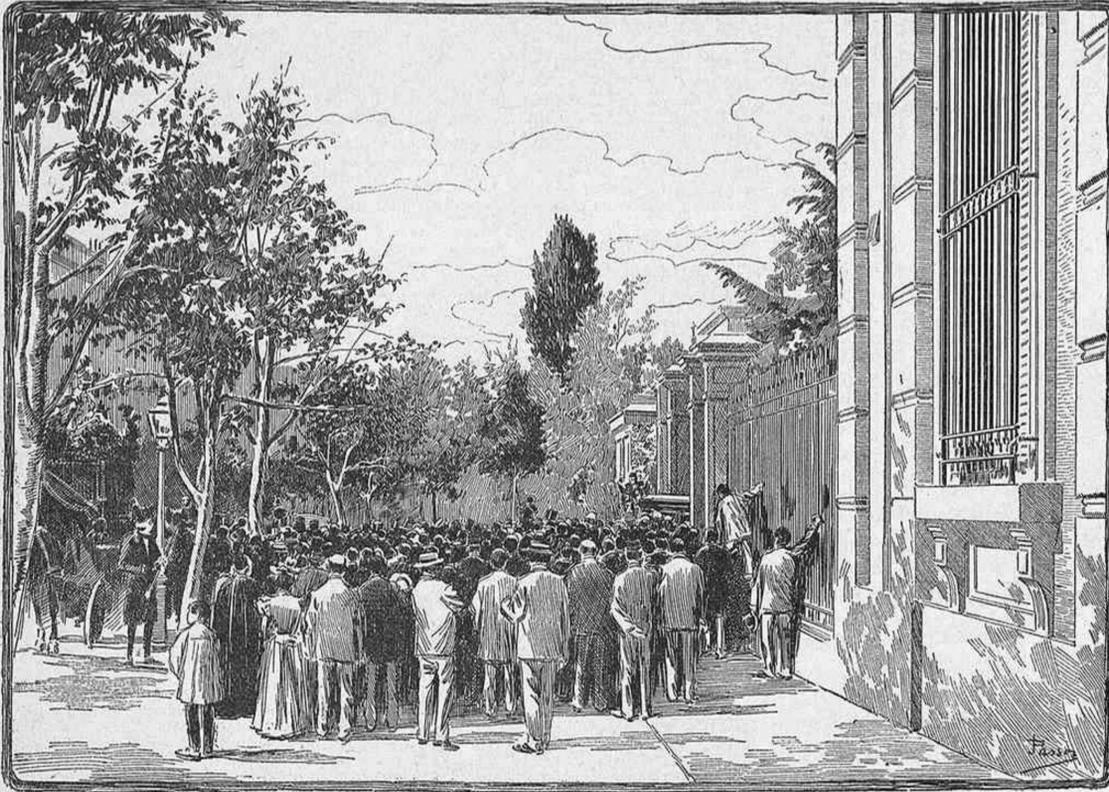
Propiedad de M. Arias Rodriguez

ISLAS FILIPINAS. - PROVINCIA DE BATANGAS. - ARADO ARRASTRADO POR UN TORO Y DIRIGIDO POR UN INDÍGENA EN EL MONTE SUÑGAY



Propiedad de M. Arias Rodriguez

ISLAS FILIPINAS. - CAVITE. - FONDO DEL BARRANCO DE HALANG, EL MÁS IMPORTANTE DE LOS DOCE (CONOCIDOS VULGARMENTE POR APÓSTOLES) QUE SE ENCUENTRAN EN EL CAMINO DE SILANG Á INDANG



MADRID. - EL ENTIERRO DEL SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO Á LA SALIDA DE LA HUERTA,  
dibujo de Passos, tomado de una fotografía

cataclismo cercano, y Blanca, la infeliz Blanca, fué á llorar su desdicha en brazos de Felipe, aquel viejo que la había tenido en ellos al nacer, que en ellos la había dormido tantas veces, no encontrándose fuerte para ocultar á su tío el marqués la inmensa desgracia que la aquejaba.

- ¡Pobre, mi pobre señorita!, exclamaba el viejo apenadísimo; ¡qué infelicidad tan injusta, qué desgracia tan grande!

Y juntos lloraban, lamentando el rigor de la suerte.

Pasaron unos meses, Jenaro escandalizando, Blanca y Felipe llorando amargamente y el anciano marqués de Troux ignorante de aquel drama que lentamente se desarrollaba á su lado.

Llegó el instante del arrepentimiento, y Jenaro dijo á Blanca, arrodillado ante ella como pecador contrito ante su confesor:

- No es mía la culpa... Los amigos me han hecho caer en este precipicio que me absorbe, que me atrae como el vértigo de las alturas; yo te quiero con toda mi alma; estoy de veras arrepentido; ¡sálvame, sálvame!

¡Salvarle! ¿Y cómo? Ya no quedaban joyas, ya se habían agotado los créditos, ya no restaba nada, nada. Hasta el mismo Felipe había entregado sus ahorros.

Entre las deudas las había bochornosas; algunas pedían un presidio; Jenaro estaba irremisiblemente

condenado á pasar el resto de su vida, y si no el resto buena parte de los años que de existir le quedaban, en una cárcel.

Y se operó en Jenaro un cambio súbito, increíble. No salía de su casa, y cuando lo hacía nunca solo, acompañado siempre de su Blanca. Con ella buscaba en la religión el consuelo que le negaba el mundo, y con el consuelo el perdón deseado. Si hubiera podido trabajar lo hubiera hecho; pero no tenía en qué ocuparse porque de nada sabía.

Felipe, confidente de tantas penas, procuraba animarles, dándoles una esperanza. «Dios aprieta, pero no ahoga,» les decía; mas Dios seguía apretando tanto, que aquello era verdaderamente ahogarse.

\* \* \*

Jenaro había ido á comer aquella noche con el marqués de Troux, invitado por él; tenía que hablarle de interesantes asuntos, muy interesantes.

La comida fué breve; una vez terminada, el marqués cerró por sí mismo las puertas del comedor, y encarándose con su sobrino, le habló de esta manera:

- He sabido y conozco detalladamente la relajada vida que usted ha hecho: ¡nunca imaginé que pudiera usted llegar á tanto! Mi fortuna, aunque grande, no es bastante para borrar las cifras que la

usura ha escrito, que usted ha reconocido con su firma, con la de Blanca, que torpemente ha firmado obligada por usted. Una asquerosa fila de acreedores espera el momento de mi muerte para echarse encima, para arrebatarme mis bienes, cedidos á mi pobre Blanca en testamento que usted conoce y ha sido causa de su inicua conducta. Pues bien: es necesario que esa gente no pueda tomar un solo céntimo de lo que quiero para Blanca, y para lograrlo, vamos á ponernos de acuerdo, sacrificándonos ambos, para que ella, ¿lo entiende usted?, ella, no tenga que mendigar el pan que le pertenece, el que yo le dejo, ya que usted ha disipado el caudal que le dejaron sus padres.

Jenaro le escuchaba pálido, sin comprender el final de aquel exordio extraño y solemne; y el anciano marqués prosiguió con una tranquilidad que contrastaba con lo desencajado de su semblante:

- Los manejos de usted han hecho inútil mi testamento; moriré y los deudores de usted se lo llevarán todo. Esto hay que evitarlo. ¿Cómo? Va usted á verlo.

Cerca había una chimenea, y sobre su tabla forrada de terciopelo, entre varios artísticos objetos, un tintero, una pluma y un rollo de papeles. El anciano llevó el recado de escribir á la mesa de comer, extendió papel ante Jenaro, le entregó la pluma, colocó el tintero á su alcance é imperiosamente dijo:

- Escriba usted lo que voy á dictarle.

Jenaro, como subyugado por la enérgica actitud



CORONA DEDICADA Á LA MEMORIA DEL SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO POR EL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA, ejecutada por el Sr. González, según dibujo de José Luis Pellicer.

del marqués, oprimió la pluma entre sus dedos temblorosos, la impregnó de tinta convulsivamente y esperó.

- «Solemnemente confieso, dictó el marqués con entera voz, que por conseguir créditos de que carecía he falsificado la firma de mi esposa, y que, por lo tanto, su nombre, puesto al pie de los documentos todos, es apócrifo. - Jenaro Láinez.»

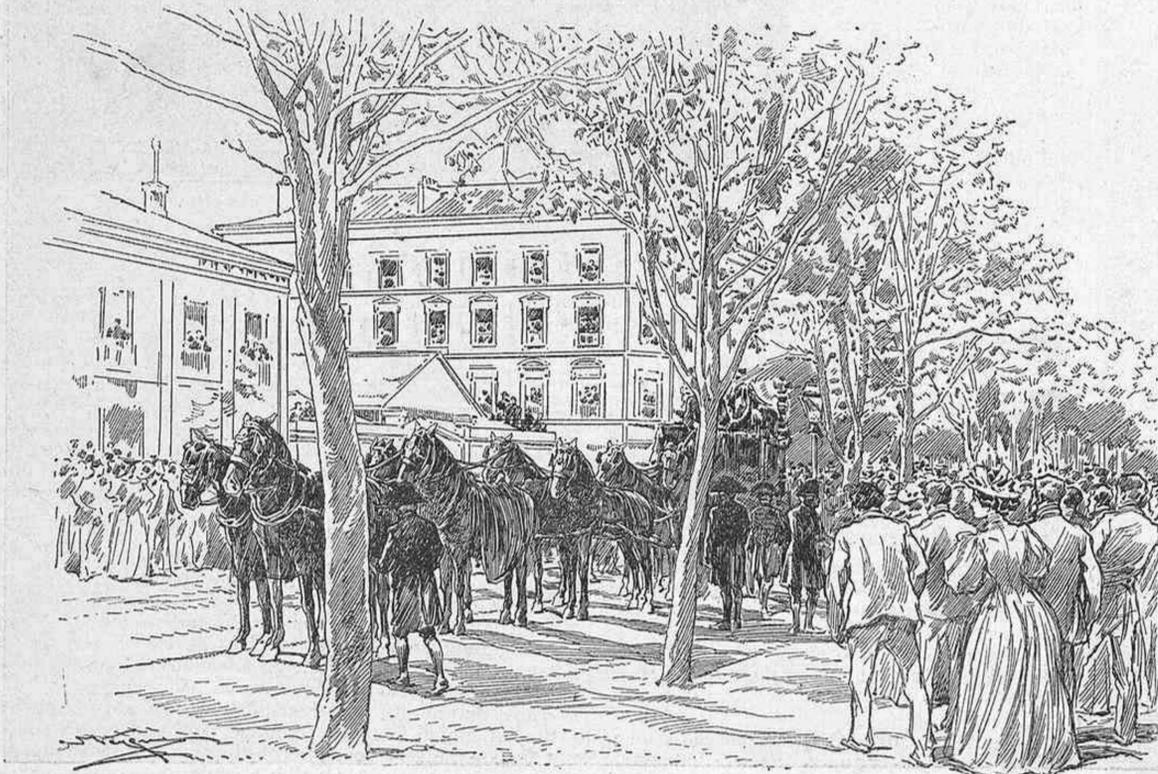
Jenaro escribió y firmó sin titubear; en un principio le temblaba el pulso; pero después, recuperando toda su energía, dueño de sí mismo, dió á cada letra el rasgo natural, y las frases resultaron claras, hechas firmemente, sin la menor señal de violencia. Esperó unos momentos, y viendo que el marqués callaba, le presentó la cuartilla escrita.

Leyóla el viejo; la dobló cuidadoso, y después, lentamente, como si cada letra de las palabras que iba pronunciando fuera un agudo puñal, continuó diciendo:

- Ahora, Jenaro, hay que pagar. «¿Cómo?», leo en su rostro que usted me pregunta. ¡Así!

Y al decir esto le presentaba un revólver que pausadamente sacó de su bolsillo.

Jenaro se levantó y retrocedió asustado. Aquel viejo estaba loco. ¡Matarse! ¿Matarse él? ¿Para qué? ¿Por qué? No, y mil veces no; no se mataría.



MADRID. - EL ENTIERRO DEL SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO Á SU PASO POR LA CASTELLANA,  
dibujo de Vázquez, tomado de una fotografía



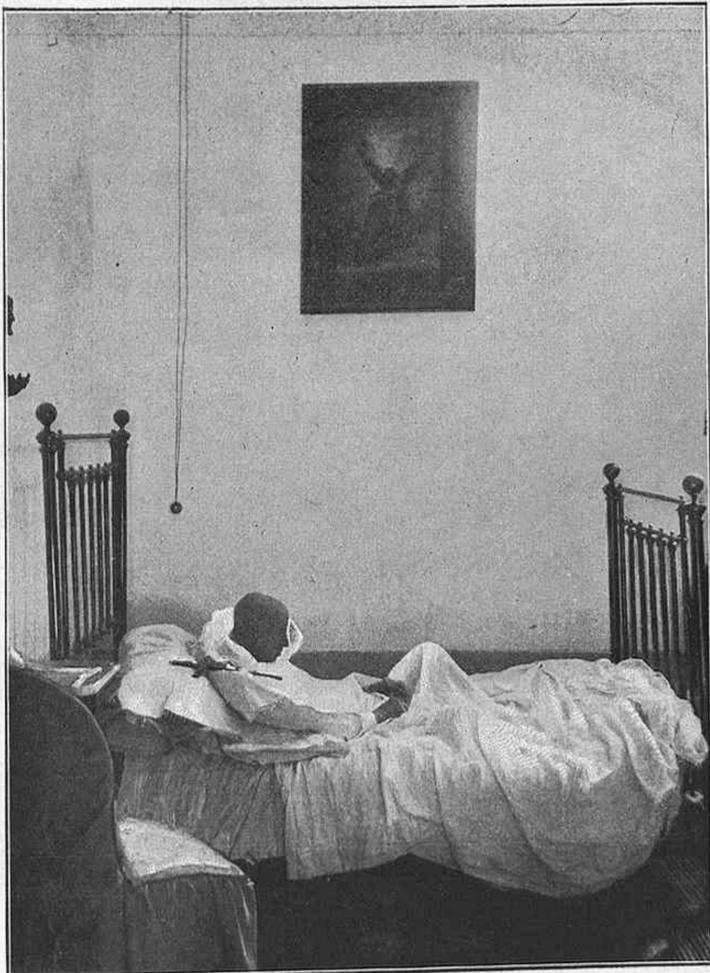
EL CARDENAL MONESCILLO, ARZOBISPO DE TOLEDO, fallecido en aquella capital el día 11 de los corrientes

El marqués entonces comenzó á explicarle todo el bien que de su muerte se esperaba. ¿Jenaro quería á Blanca? Pues así la salvaba de verla pobre, miserable, tal vez pidiendo limosna. ¿Qué les esperaba si no? A Jenaro el presidio, á Blanca el hospicio; él deshonrado allá en una penitenciaría, ella pereciendo de hambre en medio del arroyo. Y este fin trágico había que evitarlo á todo trance. Si su fortuna, si la herencia deseada fuera suficiente para salvarlos, él, él mismo, ¡y Dios se lo perdonaría!, hubiera ya hecho lo que pedía á Jenaro que hiciera; pero ¿de qué iba á servir la muerte del marqués? De nada para Blanca ni para Jenaro; los acreedores se lo comerían todo, y no bastando para cubrir las deudas, la herencia no evitaba ni la cárcel para el uno ni la miseria para la otra. ¡Ea!, había que decidirse, pero pronto, pronto...

— ¡Esto es horrible!, murmuraba Jenaro mirando con horror al terrible viejo; puede haber otro medio de salvarnos; huiré lejos, muy lejos..., pagaré desde América..., allí se hacen fortunas..., se improvisan capitales...

— No, continuaba el marqués, el telégrafo es más veloz que los transatlánticos..., el que tiene dinero allá se olvida de los que aquí son pobres..., ya no se hacen fortunas en América...

É insistía con el gesto, con el ademán, con la voz, con todo, en aquella muerte deseada por él ahora, más, mucho más que tantos, Jenaro mismo, estaban deseando la suya hacía mucho tiempo.



EL CARDENAL MONESCILLO, POCOS MOMENTOS ANTES DE MORIR (de fotografía de Lucas Fraile, de Toledo)

La víctima miró á todos lados angustiosamente; quería escapar, y salvando con un último esfuerzo la distancia del arma ya dirigida hábilmente por el anciano para atravesarle el pecho, huyó hacia la puerta. El marqués entonces, presa de un loco frenesí, irguiéndose colosal como un héroe, tomó el revólver, y sin apuntar apenas, como muy seguro de lo irremediable, disparó contra Jenaro que, después de exhalar un terrible grito, cayó contra el suelo bañado en su sangre.

El marqués se aproximó; le vió muerto, abrió la puerta, que ya violentamente sacudía Felipe por el otro lado; entregó á éste el papel que Jenaro había antes escrito, y dando un alarido, se desvaneció en los brazos de su antiguo ayuda de cámara, en tanto que los criados, despavoridos, asombrados, corrían en todos sentidos sin darse cuenta de lo que pasaba.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Jenaro yacía sobre una mesa de la sala de autopsias en el cementerio, y el marqués de Troux, agonizando en su lecho, abrazaba y bendecía á Blanca, heredera pocas horas después del marquesado de Troux y de sus bienes...

ALBERTO DÍAZ DE LA QUINTANA

NUESTROS GRABADOS

**El cardenal Monescillo.** — El venerable prelado recientemente fallecido en Toledo nació en Corral de Calatrava en 1811; á los doce años empezó el estudio de la Filosofía en el Seminario toledano, siguió luego allí mismo la carrera eclesiástica y á los veinticuatro años era licenciado y doctor en Teología. En 1835, después de haber explicado diferentes cursos en aquel seminario, hizo oposiciones á un curato, y en 1847 fué nombrado vicario general de Estepa. En 1852 ascendió á canónigo de la catedral de Granada, y pocos meses más tarde á la dignidad de maestro-escuela del arzobispado de Toledo. En 1861 fué electo obispo de Calahorra y en 1865 trasladado á la silla episcopal de Jaén. Tomó asiento en las Constituyentes de 1869, pronunciando elocuentes discursos en defensa de la unidad católica, y después de la Restauración ocupó en 1877 la sede de Valencia. Nombrado cardenal en 1884, en 1892 tomó posesión de la silla arzobispal de Toledo, primada de España. Sacerdote de gran saber y de grandes virtudes, consagrado sin descanso á la defensa del catolicismo, literato consumado, eminente teólogo, cuyas obras eclesiásticas, modelo de sana doctrina, se distinguen además por su castizo estilo, orador elocuente en el templo y en el parlamento, el cardenal Monescillo era indudablemente la figura más grande de la Iglesia española de nuestros días. Trabajador infatigable, ni los años ni las enfermedades lograron debilitar sus energías, y postrado en el lecho donde la muerte debía encontrarle no le faltaron hasta los últimos momentos de su vida alientos para hacer brotar de sus labios ó de su pluma hermosas y profundas enseñanzas.

Gracias á la amabilidad del reputado fotógrafo de Toledo D. Lucas Fraile, podemos ofrecer á nuestros lectores las dos fotografías que en esta página publicamos, una del cardenal pocas horas antes de morir, y otra del entierro, que fué solemnísimamente y al cual se asoció toda la población de la imperial ciudad.

**Gratas tareas, cuadro de mademoiselle Nourse.** — ¿Qué trabajos puede haber más agradables para esa madre que el cuidado de su tierno hijo y el arreglo de la ropa que constituye su modesto ajuar? Bien se ve que ha sido una imaginación femenina la que ha concebido el sentido asunto de este cuadro y la que ha sabido darle una forma tan delicada. Pero al mismo tiempo la notable artista americana Mlle. Nourse ha demostrado ser una pintora de primer orden, puesto que el lienzo que nos ocupa satisface desde el punto de vista técnico al más exigente, de lo cual es buena prueba el éxito que tuvo en la última exposición celebrada en el Salón del Campo de Marte de París.

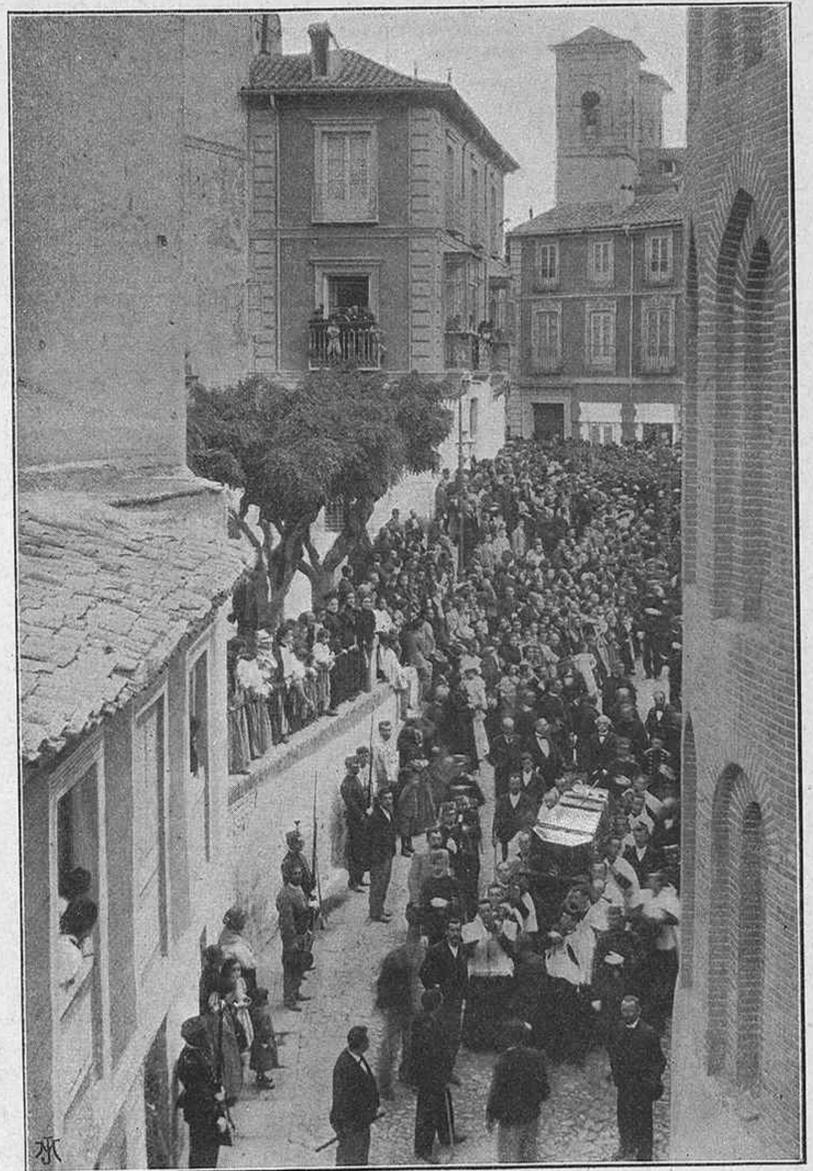
**Islas Filipinas.** — Alternándola con la información gráfica de la guerra, creemos interesante para nuestros lectores la publicación de vistas de paisajes y costumbres que contribuyan á dar á conocer aquel hermoso y rico archipiélago, menos conocido desgraciadamente para nosotros de lo

que debiera ser. A este propósito obedece la reproducción de las tres bellísimas fotografías que nos ha enviado nuestro correspondiente en aquellas islas Sr. Arias y Rodríguez, y acerca de las cuales vamos á dar algunas ligeras noticias.

La primera vista de la página 564 está tomada en el río Cay-sabo Binabangán, denominado Tibagán por los naturales del país, en las inmediaciones del pueblo de Indang; en el lecho de este río, lecho situado á una gran profundidad y al cual es difícil bajar sin el auxilio de la gente del país, se ven inmensos peñascos contra los cuales se estrella en época de lluvias la impetuosa corriente que corre en aquel punto por un plano sumamente inclinado. A aquel sitio suelen bajar muchas indias á lavar la ropa y á bañarse: una de ellas se ve perfectamente en la fotografía del Sr. Arias, hacia la izquierda y en primer término.

La carencia absoluta de agua en toda la cordillera del alto Suifay y en sus estribaciones obliga á los indígenas á sustituir, para la labranza de aquel quebrado terreno, al carabao por el toro, que resiste mejor la falta de aquel indispensable elemento, puede trabajar en las horas de más calor y no necesita que se le bañe dos veces al día por lo menos. El indígena que dirige el arado en la fotografía que en la página 565 reproducimos, viste pantalón de algodón y una camisilla fina, resguarda su cabeza de los ardores del sol por medio de un pañuelo arrollado que deja al descubierto la coronilla, y como todos los indígenas que salen al campo va provisto del correspondiente *bolo*, especie de machete.

El barranco de Halang, el más importante de los doce vulgarmente conocidos por Apóstoles, encuéntrase situado en el camino de Silang á Indang en la provincia de Cavite. Viniedo de Silang, es decir, por el lado izquierdo de la fotografía, el descenso es difícilísimo por lo húmedo y pendiente del camino de herradura; la subida por el otro lado, que conduce á



EL ENTIERRO DEL CARDENAL MONESCILLO Á SU ENTRADA EN LA CALLE DE ALFILETEROS (de fotografía de Lucas Fraile, de Toledo)

Indang, resulta algo más cómoda, á pesar de ser también muy empinada y resbaladiza. Durante la época de las lluvias fórmanse allí impetuosos torrentes que imposibilitan el tránsito. El puentecito de cañas que se ve en la fotografía, se construye todos los años por diciembre y desaparece arrastrado por la corriente con las primeras lluvias de mayo ó junio. Este barranco fué uno de los puntos estratégicos escogidos por los rebeldes filipinos para oponerse al avance de nuestras tropas; mas no obstante hallarse fuertemente atrincherados, fácilmente fueron arrojados por nuestros soldados de tan importante posición.

**El entierro del Sr. Cánovas del Castillo.** — El día 13 de los corrientes recibió cristiana sepultura en el cementerio de San Isidro el cadáver del eminente hombre público, víctima del más repugnante crimen. El entierro fué una manifestación grandiosa como pocas ha presenciado la corte: á los honores oficiales, que dieron gran solemnidad al acto, juntóse la explosión de duelo de todo el pueblo madrileño, que invadió las calles del tránsito para descubrirse por última vez ante los restos del grande hombre, admirado por propios y extraños, por amigos y adversarios, que constituye una verdadera gloria nacional. No hemos de describir el entierro, porque minuciosamente lo ha hecho ya la prensa diaria de todo el mundo y porque no ha de costar gran trabajo á nuestros lectores formarse idea de lo que debió ser el fúnebre cortejo que acompañó el



JUVENTUD, CUADRO DE C. CHAPLIN, GRABADO POR BAUDE



SANTA CRUZ DE TENERIFE. - FIESTAS DEL CENTENARIO DEL ATAQUE DE LA ESCUADRA INGLESA AL MANDO DE NELSON. - EL ORFEÓN QUE CANTÓ EL SOLEMNE TEDÉUM EN LA FUNCIÓN RELIGIOSA Y TOMÓ PARTE EN OTROS FESTEJOS (de fotografía de J. Bonnat)

cadáver de quien conquistó en vida tantos títulos á la gratitud de la patria y á la admiración de las letras, de las artes y de las ciencias. Los dos dibujos que publicamos en la página 566, hechos sobre fotografías instantáneas, reproducen algunos detalles de la interesante ceremonia. También publicamos en la misma página la preciosa corona dedicada por el Ayuntamiento de Barcelona á la memoria del Sr. Cánovas, fabricada en doce horas por el reputado artífice Sr. González según un dibujo de nuestro director artístico D. José Luis Pellicer: esta corona, obra de arte que ha merecido los más entusiastas elogios de la prensa y del público y que unánimemente fué considerada como la más notable entre los cientos de las que adornaron la capilla ardiente, mide 2'30 metros de alto por 1'30 de ancho; las hojas, las flores y la palma son de hierro, las cintas de bronce y las letras de la dedicatoria de plata oxidada.



D. MANUEL MÉNDEZ DE ANDÉS, patriota español fallecido recientemente en Buenos Aires

D. Manuel Méndez de Andrés.—Ha fallecido recientemente en Buenos Aires este distinguido industrial español y entusiasta patriota, que á fuerza de trabajo y de constancia logró reunir una fortuna de más de dos millones de pesos. Nació en El Franco (Asturias) en 1847, desembarcó en la capital argentina en 1861, y de dependiente de un almacén al porme-

nor llegó á ser el dueño de una de las fábricas de tabacos más importantes de la república. Su laboriosidad mercantil é industrial no le impidió interesarse grandemente por las bellas artes, siendo un verdadero Mecenas para los españoles de valer y complaciéndose en proteger á los artistas: pensionados por él, vivían actualmente en Roma un pintor, Villar, y un tenor, Constantino.

Como español pocos le aventajaban en patriotismo: cuando se inició la suscripción para el buque de guerra que los españoles de la Argentina y del Uruguay regalaban á España, Méndez de Andrés se suscribió por 5.000 pesos, y como por aquellos días se hablase de una probable guerra con los Estados Unidos, «Me suscribo — dijo — si este caso llega, por 20.000 pesos á cuenta, ya que estoy dispuesto á vender todas mis propiedades para poner su importe á disposición de mi patria. Después me quedará la vida, que desde ahora ofrezco.» ¡Descanse en paz tan noble compatriota!

Juventud, cuadro de C. Chaplin.—¡Juventud, hermosa palabra! En ella se funden las ideas de belleza, de frescura, de alegría; en ella se compendian las más risueñas ilusiones de la existencia. Tesoro poco apreciado cuando se posee, resulta inapreciable para los que lo han perdido; sólo cuando no se tiene se comprende lo que la juventud vale, los mil encantos que la adolescencia encierra, los dulces placeres que la edad juvenil nos proporciona. El celebrado pintor francés Chaplin ha logrado dar forma perfecta á esa felicidad característica de los pocos años: la preciosa niña que constituye su cuadro es una representación fiel de la primavera de la vida, de ese período en que la mujer, como la naturaleza, aparece revestida de sus mejores galas, no agostadas todavía por los ardores estivales, preludio de las nieblas del otoño, que lo son á su vez de las nieves del invierno.

Una malagueña, cuadro de Pedro Sáenz (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897). — Cada nueva producción de este discreto pintor revela nuevos progresos y adelantos, que contribuyen poderosamente á cimentar su reputación artística. Tal puede notarse en el cuadro que reproducimos en estas páginas, que ha llamado con justicia la atención del público en la Exposición de Bellas Artes, recientemente celebrada en la coronada villa. El hermoso tipo que ha interpretado el Sr. Sáenz es trasunto fiel de los que se admiran en la ciudad andaluza, recuerdo de aquel pueblo tan digno de estudio y que tantas bellezas nos legó como testimonio de su grandeza. La malagueña á que nos referimos merece figurar entre las obras de los pintores españoles que con laudable empeño dan á conocer los encantos que nuestro país encierra, considerando que cumplen una honrosa misión al dedicar el esfuerzo de su inteligencia y sus aptitudes á perpetuar cuanto recuerda las bellezas de España.

MISCELÁNEA

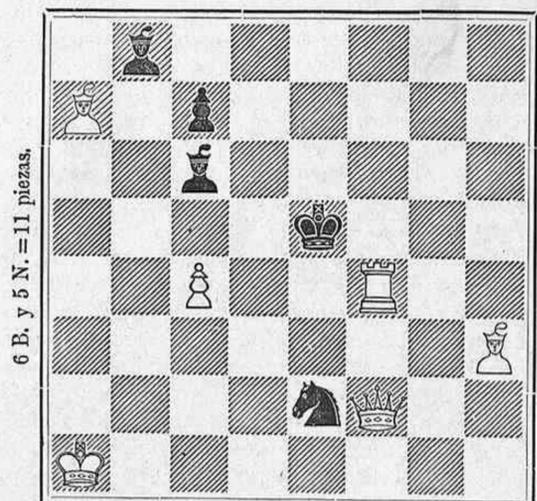
Bellas Artes. — El Ayuntamiento de esta ciudad ha abierto un concurso entre artistas españoles para la ejecución

del cartel anunciador de la próxima Exposición de Bellas Artes. El cartel, cuyo estilo, carácter y procedimiento queda á libertad del artista, ha de medir 1'40 x 0'80 metros, y el original debe presentarse completamente terminado en el Palacio de Bellas Artes antes de las doce de la mañana del día 30 de septiembre próximo, acompañado del presupuesto por cada mil ejemplares, indicando el procedimiento ó procedimientos que se empleen para su reproducción, la fecha fija de la entrega de los ejemplares reproducidos y el compromiso del establecimiento que deba ejecutar el trabajo. Los premios consisten en uno de 500 pesetas y medalla de primera clase y un accésit de 250. Los carteles presentados se expondrán públicamente, y el artista premiado habrá de dirigir los trabajos de reproducción, no cesando su compromiso hasta la entrega de los ejemplares reproducidos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 84, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 83, POR V. MARÍN

- |                |                     |
|----------------|---------------------|
| Blancas.       | Negras.             |
| 1. D4 AD       | 1. P4 CR (*)        |
| 2. A7 D        | 2. P toma D ú otra. |
| 3. A ó D mate. |                     |

(\*) Si 1. C toma A; 2. D toma P jaque, R6 D; 3. C toma C mate; — 1. PA toma C; 2. T8 AR, y 3. D ó A mate; — 1. PR toma C; 2. D2 R jaque, y 3. T mate.



### ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)



Elena tenía fijas las miradas en el rostro de la camarera mientras hacía aquel relato sorprendente

— Dispensa, querida Amelia, que te diga que incurres en un ligero error. Yo sé, sin que haya lugar á duda, que la señora Ferber no es la única joven noble que se alió con la familia Ferber; esta última fué siempre buena, inteligente y bien dotada, y su valor personal triunfó más de una vez de las repugnancias nobiliarias. Fácil sería probar que no ha habido en esa familia muchas más alianzas desiguales que en las de los Lessen, y sin embargo tú no admitirás que las venas de Bella no están del todo llenas de sangre suficientemente noble y pura.

Una mirada singular, penetrante y hostil se deslizó entre los párpados medio cerrados de la baronesa y fijóse en su prima, pero á esto se redujo todo, porque en seguida asomóse á sus labios una sonrisa conciliadora. Desde la víspera, en efecto, la señora de Lessen sentía temblar el suelo bajo sus pies, y preveía con terror la suerte que le estaba destinada desde el momento en que encontraba de pronto resistencias allí donde hasta entonces todo el mundo había estado sometido á su despótica voluntad.

Además de esto, la señora de Lessen estaba convencida de que las disposiciones algo hostiles de Elena debían atribuirse mucho menos á la mala influencia ejercida por su hermano que á la inconcebible actitud del Sr. de Hollfeld. Hacía algunos días, en efecto, que su hijo se conducía con un descuido inexplicable respecto á su prima, manifestando evidentes pruebas de una distracción y una preocupación alarmantes. Elena era en rigor una joven generosa, susceptible de elevarse á todas las abnegaciones, á todas las grandezas y nacida para comprender cuanto es noble y sublime; pero desde su más tierna infancia, su delicada salud exigió que se le prodigarán todas las atenciones, toda la solicitud, todos los cuidados posibles; y á pesar de sus achaques no había conocido jamás el disgusto que produce la indiferencia de otro, ni menos las tristezas del abandono. Todo había cedido á su ley, y aunque tuviese buenos sentimientos y un carácter bastante elevado para no abusar de su posición, ni perder completamente de vista los derechos de la equidad y los deberes de un carácter bondadoso, no por eso había llegado menos á temer un cierto egoísmo nacido de las circunstancias. Hubo un tiempo en que Elena de Walde, persuadi-

da de que la naturaleza le prohibía llenar aquí bajo las funciones de esposa y de madre, había buscado consuelos en la ternura fraternal, en el culto de las artes, en el desarrollo de su inteligencia, y sobre todo en la caridad; mas á despecho de su criterio, entonces sano y firme, y gracias á ciertas insinuaciones interesadas de que ella misma se hacía con gusto cómplice, había podido creer durante algún tiempo que desconfiaba demasiado de sí propia, que podían amarla y que era posible encontrar un corazón que respondiera al suyo. Las continuas atenciones que su primo le prodigara, sus repetidas permanencias en el castillo de Lindhof, las medias palabras y las reticencias de la baronesa hicieron nacer y mantuvieron en ella la esperanza de un enlace, bajo todos conceptos conforme con su nacimiento, con las conveniencias exigidas por el mundo, y de acuerdo, en fin, con su inclinación... Y de pronto, aquel edificio tan penosamente levantado, con tanta dificultad mantenido en equilibrio, amenazaba ruina; la indiferencia, por lo pronto intermitente y bien marcada desde la víspera, que el Sr. de Hollfeld le manifestaba, había desvanecido sus ilusiones. Sufrió profundamente, y un resentimiento cuya violencia la infundía espanto luchaba en ella contra el afecto, vivo aún, por más que se creyese burlada. Aún no había alcanzado el punto á que los caracteres nobles llegan más pronto ó más tarde; sentíase todavía incapaz de tener resignación y de perdonar, y se mostraba mordaz y malévola, no contra aquel que era la causa de su decepción, sino contra su madre, que había alimentado sus esperanzas. El crédito y la autoridad de la baronesa eran lo que estaba en peligro ahora, á causa de la indiferencia de su hijo y el cambio que se observaba en él.

Hollfeld se hallaba sentado junto á las dos damas y se disponía á leerles un diario cuando la anciana camarera de la baronesa, llamando directamente á la puerta, pidió permiso para entrar á fin de poner en conocimiento de su señora el suceso extraordinario de que todo el pueblo se ocupaba desde que los obreros de Lindhof refirieron las particularidades de la demolición de Gnadeck. Si Elena no hubiese tenido fijas las miradas en el rostro de la camarera mientras hacía aquel relato sorprendente, sin duda hubiera llamado su atención el extraño cambio que se producía en las facciones de su primo. Escuchaba ansioso, y su semblante expresaba la más viva alegría. El descubrimiento de las alhajas se había exagerado en el trayecto de Gnadeck al castillo, y alcanzaban ahora las proporciones de un tesoro de inapreciable valor; hasta el simple ataúd de estaño de la pobre Lila había llegado á ser, gracias á la leyenda, un ataúd de plata maciza, y por el estilo lo demás.

La baronesa no había descubierto aún las causas del cambio producido en las costumbres de su hijo; pero este cambio había sido demasiado evidente para

no llamar su atención, al mismo tiempo que despertaba sus inquietudes. Por eso le extrañó mucho que, después de las mordaces palabras de Elena respecto á la nobleza de la familia de Lessen, su hijo se acercara á la señorita de Walde para colocar bien una almohada que se había resbalado un poco. Cuando lo hubo hecho así, volvióse hacia su madre y dijo con frialdad:

— Elena tiene razón, y creo que si se quisiera mirar tan de cerca como tú lo haces cuando se trata de los otros, se vería que hay pocas familias libres de la censura en punto á alianzas desiguales.

Aunque á la baronesa le horrorizaba la idea de que fuera igual á ella la que hasta entonces tan por debajo de ella había estado y de que la joven objeto de su menosprecio resultara ahora mucho más rica que ella, tuvo bastante prudencia é imperio sobre sí misma para abstenerse de toda réplica ofensiva, y se limitó á decir que el suceso era demasiado fabuloso para que se pudiera darle crédito y que necesitaba, antes de formar opinión definitiva, enterarse de lo ocurrido por un testigo presencial más competente que los dos albañiles.

Aquel testigo se presentó inopinadamente, como si el deseo expresado por la baronesa le hubiese evocado de improviso. Era Reinhard, que volvía de Gnadeck y que pasaba por delante de las ventanas del salón, situado en el piso bajo. Al oír que la señorita de Walde le llamaba, sonrió; las preguntas apresuradas que le habían hecho ya confusamente los criados y jardineros del castillo acerca del descubrimiento realizado en Gnadeck bastaban para que adivinase por qué le llamaban al salón.

Apenas hubo entrado en éste, Elena le interrogó con viveza, y Reinhard hizo con mucha tranquilidad el relato acerca del derribo del mirador, regocijándose extraordinariamente en su interior al reconocer la amarga decepción que se traslucía en las preguntas, casi indiferentes y en las objeciones que la baronesa hacía con abandono.

— Y según ese documento, preguntó, tomando una hermosa dalia en el jarro de flores que tenía á su alcance y examinándola con la mayor atención, ¿podrían los Ferber reivindicar ese antiguo nombre y hacer uso de él?

— No veo con qué título se les podría negar ese derecho, contestó Reinhard. Les bastaría probar que son los descendientes del niño abandonado por Justo de Gnadewitz, lo cual había de serles muy fácil.

La señora de Lessen apoyó su cabeza en el alto respaldo del sitio que ocupaba y cerró á medias los ojos con dejadez, indiferencia y aburrimiento.

— Y bien, repuso después de una pausa, ¿son en realidad tan considerables como lo afirma la voz pública los tesoros descubiertos en ese antiguo nido?

La baronesa se esforzaba para comunicar á su voz una entonación burlona, pero el fino oído de Reinhard reconoció con vivo placer una tensión ex-

traordinaria y como una especie de angustia latente.

—¿Considerables?, repitió, sonriendo. Esto depende completamente del punto de vista desde el cual se mire, y en semejante materia yo no puedo juzgar.

Sí que podía, pero quería prolongar la diversión que le proporcionaba la curiosidad femenina, y proponíase mantenerla en suspenso.

El interrogatorio se hubiera prolongado aún largo tiempo sin duda alguna si Bella no le hubiese interrumpido, precipitándose en el salón con su turbulencia habitual.

—Mamá, dijo, echando hacia atrás los grandes bucles rojizos que caían sobre su rostro, la nueva institutriz ha llegado... ¡Uf! Aún es más fea que la señorita Mertens, añadió, sin fijar la menor atención en la presencia de Reinhard... Lleva en el sombrero cintas rojas, ajadas ya, y su manteleta es de forma aún más antigua que la de la que lleva la señora Lehr... Seguramente no saldré nunca con una persona tan mal vestida y de aspecto tan miserable... ¡Puedes estar seguro de ello, mamá!

La baronesa aplicó ambas manos sobre sus orejas.

—¡Hija mía, te suplico en nombre del cielo que no hables tan alto!.. Tu voz me trastorna. ¿Y qué manera de expresarse es esa, tan inconveniente en una niña?.. Saldrás con la señorita Jamín siempre que yo quiera.

Bella, manteniéndose un poco detrás del sillón de la baronesa, hizo una mueca burlesca, y arrancó una punta del fleco que guarnecía el sillón ocupado por su madre. La baronesa había tratado en un principio de suprimir el cargo de institutriz entre sus servidores, y después de marcharse la señorita Mertens pensó seriamente en no reemplazarla; pero esta tentativa se conservó en la memoria de la baronesa como el recuerdo de una época de insostenible martirio. Muy a menudo había hablado a Elena de los tormentos que le hacía sufrir la señorita Mertens en cuanto a su enseñanza, y se quejaba indistintamente de su carácter débil ó de su severidad; pero reconocía en su interior que Bella se asemejaba singularmente a su padre, que había heredado de él una terquedad indomable y una inclinación irresistible al *dolce farniente*... Nada tenía que ver con esto, sin embargo, la señorita Mertens, porque era una persona pagada para soportar las faltas de la niña y los caprichos de la madre, y porque en su calidad de institutriz no debía permitirse hacer observaciones sobre las unas ni fijar su atención en los otros. La experiencia por que había pasado la baronesa después de marcharse la señorita Mertens y la evidencia de los defectos de su hija no debían, pues, aligerar la tarea que había aceptado la nueva institutriz, cuya llegada era para la baronesa una especie de liberación.

Después de haber dirigido algunas palabras severas a su hija, se levantó, y seguida de ésta dirigióse a su habitación para ordenar que se presentase la recién venida. Reinhard, en quien Elena no fijaba ya la atención, se alejó a su vez.

—¿Quieres que continúe mi lectura?, preguntó Hollfeld, cogiendo el diario que había dejado momentáneamente.

—Más tarde, contestó Elena con expresión de descontento y fijando en su primo una mirada escrutadora... Puesto que estamos solos, me parece que no te negarás a decirme cuál es la causa que desde hace algunos días ha cambiado de tal modo tu humor y tus costumbres... Tú sabes, Emilio, que sufro mucho y profundamente cuando juzgas oportuno que yo ignore tus penas, tus inquietudes ó tus alegrías; y no se te oculta que no me anima una curiosidad indiscreta, vulgar y malévol, sino que me guía realmente un interés sincero y afectuoso por todo cuanto te atañe. Ya ves el dolor que me produce tu frialdad; háblame, pues, con franqueza: ¿he hecho algo para que me retires tu confianza?

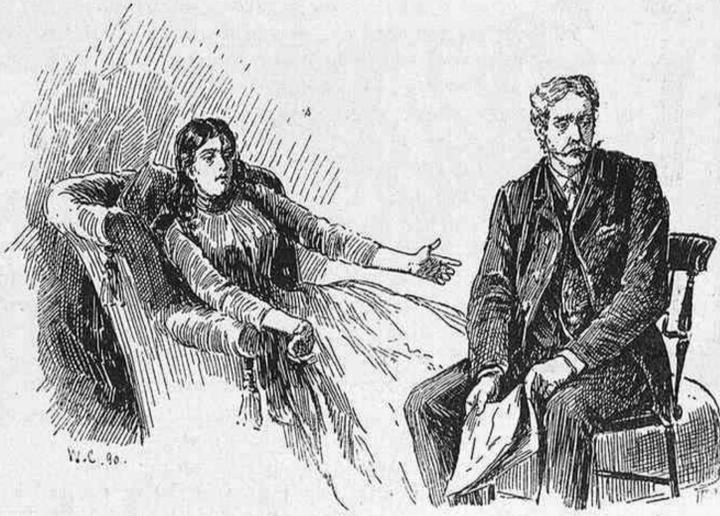
Y diciendo esto, tendió los brazos hacia su primo con ademán suplicante; su actitud y su voz hubieran conmovido a una piedra.

Hollfeld bajaba un poco la cabeza y doblaba maquinalmente el diario, evitando la mirada franca y leal que la señorita de Walde fijaba en él. Un observador hubiera visto fácilmente en aquella actitud confusa los síntomas por que se reconocen los cálculos contradictorios de un alma desleal que pesa las diversas ventajas de resoluciones opuestas y no puede resolverse a tomar ninguna decisión por temor de perder los beneficios de una determinación diferente. Pero el corazón de una niña, cariñoso y confiado, debía ver en aquel bello joven, un poco inclinado hacia adelante, con el rostro circuido de magnífico cabello rubio y rizado, todo menos un hombre falso que hacía cálculos vergonzosos.

—Siempre has tenido mi confianza, Elena, dijo al fin, después de doblar y desdoblar diez veces su diario... Tú eres la única persona en el mundo de quien puedo y quiero fiarme...

Los ojos de la señorita de Walde brillaron de alegría y de orgullo.

—Pero á veces, continuó el Sr. de Hollfeld, hay en la vida duras y crueles necesidades... ¡oh, muy crueles! Y las consideramos bajo todos sus aspectos, preguntándonos con angustia si no podríamos eludirlas. Después, aunque hayamos reconocido la imposibilidad de sustraernos á su ley, no hallamos en nos-



Y diciendo esto, tendió los brazos hacia su primo con ademán suplicante

otros valor para comunicar las resoluciones que nos imponen.

Elena, poseída de extremada angustia, inquieta de antemano y herida en el corazón, se incorporó vivamente.

—Me veo obligado, prosiguió Hollfeld, á tomar una resolución sumamente penosa para mí, mucho más penosa de lo que yo puedo expresar, y esto es lo que me pesa en el corazón desde hace algunos días.

Y levantó los ojos para estudiar la impresión producida por sus palabras.

Elena no parecía prever en modo alguno de qué se trataba, pues su ademán no había cambiado; pero tenía la mirada fija en su interlocutor con un interés apasionado. Hollfeld se vió, pues, obligado á ir más lejos, sin que nada viniese en su auxilio para ahorrarle la parte más penosa de su confidencia.

—Tú sabes, Elena, continuó lentamente, que desde hace más de un año he debido soportar disgustos domésticos de toda especie. Mis amas de gobierno abandonan la casa apenas han entrado en funciones, y en mi castillo ocupado por un pobre célibe reina un desorden que va agravándose y me hace verdaderamente odiosa la permanencia en mi morada; mis más serios intereses se resienten, por otra parte, de mis continuas ausencias, Elena, y...

—¡Ah, quieres vender tu propiedad de Odenberg!, exclamó Elena con viveza.

—No, porque esto sería una locura; mi dominio es uno de los más hermosos de Turingia, y sus productos aumentarán considerablemente de aquí á pocos años. He de tomar, por consiguiente, otro camino para poner en orden mi casa, y este camino ha de ser forzosamente el matrimonio.

Al oír esto la señorita de Walde, sus facciones expresaron el más doloroso asombro; entreabrió sus labios pálidos, mas no pudo articular un sonido, é incapaz de comprimir más tiempo su pena, cubrióse el rostro con ambas manos y volvió á caer sobre su almohada, profiriendo un débil gemido.

Hollfeld se precipitó hacia ella y cogió sus manos, estrechándolas entre las suyas.

—Elena, dijo en voz baja y con dulce entonación, ¿quieres aún que continúe hablando? ¡Tú lo has querido, tú existes tan penosa confidencia!.. ¿Tú no sabes que en mi corazón hay una llaga profunda?.. ¡Oh, sí, tú lo sabes! No ignoras que amo... ¡También sabes que esta pasión inextinguible vivirá tanto como yo, y que animará y ennoblecerá toda mi existencia!

Aquel hombre, cuya inteligencia era tan inferior, tenía, sin embargo, las cualidades de un gran comediante, y desempeñaba su papel con una apariencia de sinceridad muy propia para convencer á un corazón algo menos prevenido aún que el de Elena. Y era tanto más fácil engañar á ésta cuanto que sus ojos permanecían cerrados y su mirada no pudo observar ciertas disonancias entre el lenguaje y la actitud del bellaco que le dirigía este discurso.

—Pluguiera al cielo, prosiguió con calor, que me fuese permitido obedecer á mi corazón, seguir su impulso... Aunque un destino cruel me impidiera unir

mi suerte á la de aquella que mi corazón prefiriere á todas las mujeres de la tierra, viviría junto á ti sin encadenar mi libertad, feliz y satisfecho con tu noble cariño... Pero ya lo sabes... yo soy el último Hollfeld, y esta sola razón bastaría para obligarme á tomar el partido que acabo de indicarte... No puedo menos de casarme, y ante esta idea tan sólo me queda la esperanza de unirme con una mujer que te conozca íntimamente...

—¡Oh, di su nombre al punto!, exclamó Elena, mientras que sus mejillas se cubrían de lágrimas... ¡Ah! Mi instinto no me engañaba... ¿Quieres casarte con Cornelia?

—¿La de Quittelsdorf?, preguntó Hollfeld, sonriendo desdeñosamente... ¿Esa extravagante criatura? ¡No, ciertamente que no! Más valdría abandonar mis bienes, intereses y capital á las amas de gobierno infieles y gastadoras que se suceden en mi casa... Tengo carácter serio, y mimado por mi intimidad con una mujer escogida como tú, ¿qué sería de mí junto á una joven frívola, aficionada tan sólo á la charla, á las diversiones y á los trajes elegantes?.. Ya te lo he dicho, y te lo repito de la manera más terminante, que todavía mi elección no está resuelta. Déjame hablar con tranquilidad, querida y noble Elena, y procura reprimir tus lágrimas, que me agobian de dolor y de alegría al mismo tiempo... Es preciso que me case con una joven bondadosa y sencilla, bastante resignada para que yo pueda decirle: mi corazón pertenece del todo á una mujer angelical con quien no puedo unirme... Sea usted para ella y para mí una buena y sincera amiga.

—¿Y crees encontrar acaso una mujer que consienta en semejante arreglo?

—Seguramente consentiría si me amase.

—¡Yo no lo aceptaría jamás!, exclamó Elena, apoyando convulsivamente su cabeza sobre la almohada. ¡Jamás, jamás!

En la frente del Sr. de Hollfeld se formaron dos pliegues, debidos sin duda á un sentimiento de enojo; palideció y sus labios se contrajeron. Seguramente le agitaba una sorda cólera, y dirigió una mirada de encono á la que trastornaba los cálculos que con tanta habilidad había combinado; pero ahogando su resentimiento, continuó con un tono dulce y melancólico:

—¿Piensas abandonarme, Elena, en el momento de tomar yo esta penosa decisión? ¿Podrás separarte de mí, dejándome solo ante una mujer que no podré amar, solo con los recuerdos angustiosos de un pasado que huyó para siempre y que amargaré el resto de mi vida?

Elena alzó los párpados, dilatados por las lágrimas, y dirigió una mirada de ternura al hombre vil que se burlaba de ella. Había desempeñado admirablemente su papel y reconoció por la mirada de Elena que en adelante estaba seguro en su terreno.

—Tú experimentas en este momento, prosiguió, los dolores por que yo mismo he pasado en estos últimos días, y sostienes la lucha que yo he soportado por mi parte antes de tomar la decisión que acabo de darte á conocer... Antes de reflexionar, en efecto, no se acepta sin sublevarse y sin protesta el pensamiento de que una tercera persona se halle entre nosotros; y sin embargo, te doy mi palabra de honor de que el afecto que une nuestros corazones no se resentirá en lo más mínimo... ¡Reflexiona bien, Elena! Cuando yo haya dado mi nombre á una mujer que será para tí una compañera y una amiga, podré vivir mucho más completamente para tí. En las circunstancias actuales todo depende de un capricho de tu hermano... y para no dejar de verte he debido soportar ya muy á menudo las muestras de su desagrado. No podía hacer en tu obsequio mayor sacrificio que el de mi dignidad... Una vez casado, todo marcha por sí solo; podrás instalarte en Odenberg, vivir junto á mí, y nada te quedará que desear en cuanto á los cuidados y atenciones con que se endulzará tu existencia.

Bien se ve que no es necesario tener inteligencia para manejar la palanca de la falsedad; y Hollfeld había conseguido atraer á sus redes á la desgraciada víctima, que cayó en ellas con el corazón lacerado.

—Vamos, murmuró con voz apagada, procuraré soportar esa idea... pero ¿dónde hallarás la mujer que sea lo bastante altiva ó humilde para tolerar esa combinación, para llamarme hermana y ponerme en tercer lugar en su existencia conyugal?

—Me ha ocurrido de pronto una idea, hace un momento, y la creo buena; pero no está bastante formada todavía. Me he abstenido por el pronto de comunicarte esta inspiración, temiendo agitarte... Cuando estés más tranquila, mi querida Elena, te pediré parecer, y piensa que dejo entera y únicamente en

tus manos la elección de mi futura esposa... Para mí será un ama de gobierno á la que habré dado mi nombre, y á esto se reduce todo; de ti depende aceptar ó rechazar el proyecto que someteré á tu juicio.

—¿Y no será espantoso para ti vivir junto á una mujer á quien no amarás?, preguntó Elena.



Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, su rostro se transformó

Hollfeld reprimió cuidadosamente una sonrisa burlesca, y como su prima le miraba, contestó con acento tranquilo:

—Yo puedo todo cuanto quiero, y tu presencia me dará más fuerza... Tan sólo te rogaré que guardes silencio y no digas nada á mi madre, pues seguramente no aprobaría que se tratara semejante asunto sin su intervención; deseo que no conozca nuestra decisión hasta el momento de presentarle mi prometida.

Esta falta de ternura y de respeto filial hubiera excitado en cualquiera otra circunstancia la indignación de Elena; pero esta vez apenas oía más que las palabras que se relacionaban con su dolor. Todo su ser se había estremecido ante la imagen evocada por las palabras «mi prometida,» que representan invariablemente la felicidad, aunque hay en la tierra bastantes novias y esposas desgraciadas.

—¡Oh Dios mío!, dijo Elena suspirando, mientras sus manos unidas se apoyaban de nuevo inertes sobre sus rodillas, siempre había esperado que no se me causaría este disgusto, no porque mi egoísmo me hiciera desear que por cariño hacia mí vivieras solitario, sino porque pensaba que la duración de mi vida, que según todas las probabilidades debe ser muy corta, te permitiría ahorrarme este dolor... Pensaba que el día que yo desapareciera serías aún bastante joven y que consentirías tal vez en no ocasionarme esta angustiosa aflicción... en esperar á que yo hubiese abandonado la tierra para elegir esposa y crear una familia.

—¡Qué horrible pensamiento, Elena! ¡Te conjuro á perdonar á un desgraciado! ¿Cómo se puede evocar la imagen de la muerte cuando se está en la flor de la edad, en el umbral de la juventud?... Es preciso vivir; entiéndelo así..., y con ayuda del tiempo todos podremos ser felices; yo lo espero, y estoy seguro de ello. Voy á dejarte ahora sola..., reflexiona un poco y me darás la razón.

Y estrechando afectuosamente la mano de Elena, Hollfeld se alejó silencioso.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, su rostro se transformó; fué un cambio á la simple vista, un súbito cambio de decoración: la expresión de sarcasmo substituyó á la de ternura, y una sonrisa burlesca entreabrió sus labios. De todos modos estaba contento de sí mismo y del sesgo que tomaban sus asuntos. La pasión que Isabel le inspiraba era la única causa del cambio de que Elena había pedido explicación; pero difícilmente se hubiera decidido á pedir la mano de la hija de un obscuro burgués. El suceso ocurrido en Gnadeck le parecía muy propio para allanar todas las dificultades. La joven pertenecería en adelante á la nobleza, y el tesoro debía constituir para ella un dote apetecible. No era de extrañar, por lo tanto, que hubiese acogido aquella noticia con profunda satisfacción y que resolviera al punto casarse con Isabel... No podía dudar ni un solo instante de que ésta aceptaría con el mayor gusto y agradecimiento su proposición, pues calificaba siempre su frialdad de coquetería, y tenía demasiado buena opinión de su persona y de su cabello rizado para imaginar que ninguna mujer pudiera resistirle. Mas era necesario obrar prontamente, pues si la noticia del descubrimiento del tesoro se propalaba, sin duda alguna muchos pretendientes se apresurarían á presen-

tarse á fin de disputarle la mano de la hermosa, noble y rica joven; este pensamiento hacía hervir la sangre en sus venas.

Otro obstáculo había, y no menos temible, para la realización de sus deseos, y era Elena, no porque le detuviese la idea del dolor que le ocasionaría, sino porque le desagradaba perder el fruto de sus asiduidades y temía verse privado de la fortuna de su prima al anunciar aquel matrimonio. Hacía largo tiempo que se consideraba como su heredero, y Elena había mantenido esta certidumbre por algunas palabras, indirectas sin duda, pero significativas para quien conocía sus sentimientos generosos y su lealtad. Ya hemos visto cómo se había arreglado para que la dificultad redundara en su favor, y hasta para reducir el obstáculo al estado de instrumento que concurriese á la realización de sus designios.

Apenas hubo desaparecido, Elena se arrastró hasta la puerta y la cerró con llave. Al fin estaba sola y era libre de sufrir sin que nadie se lo impidiera.

Quien no ha conocido esas horas de desconsuelo irremediable durante las cuales no tenemos más goce que el de ver cómo se desangra nuestro corazón lejos de los demás; quien no ha pasado por esos momentos en que la luz se extingue al mismo tiempo que la fe en un corazón, en que la soledad se pro-

duce junto á nosotros, murmurando que será en adelante nuestra única compañera, en que el alma, precipitada desde las altas regiones donde se cernía en plena luz, sufre un choque semejante al del cuerpo que hiende el espacio para estrellarse contra la tierra...; quien no ha conocido la precisión de arrancar de su alma, de su pensamiento, la imagen querida en que se cifraba todo para arrojarla lejos de sí, no comprenderá sin duda á Elena cayendo sobre la alfombra, presa de un temblor convulsivo y desviando de su frente febril sus hermosos bucles castaños. ¡Ay, no vivía, no respiraba más que por aquella ilusión! Algunas miradas indiferentes, un poco de negligencia, habían bastado ya para que perdiera todo reposo hacia algunos días..., mas ¿qué era esto, comparado con la certidumbre de perderlo, adquirida para siempre?

Un espantoso caos de ideas y sentimientos contradictorios se agitaba en su cerebro. El humillante convencimiento de sus enfermedades que acababa de arrojarla del soñado paraíso, la confesión que de su amor había hecho Hollfeld, abriéndole á la vez el cielo y el infierno, la locura de los celos hacia una persona á quien no conocía, pero que no tardaría en estar al lado del que ella amaba y en disfrutar cerca de él los derechos de esposa, todo se agitaba en ella amenazando romper el tenue hilo que unía su alma á su cuerpo valetudinario.

Hasta muy tarde, cuando la noche había cerrado ya hacía largo tiempo, no abrió la puerta, instada por las súplicas de sus doncellas, consintiendo entonces en que la acostaran. Sin embargo, se opuso enérgicamente á que enviasen á buscar al médico; mandó decir á los de la casa por conducto de la baronesa, que había venido á darle las buenas noches, que deseaba algunas horas de reposo completo, y al fin quedó libre para pasar la más espantosa noche de su existencia, entregando su corazón á todos los tormentos más torcedores.

Al fin adquirió un poco de calma; es decir, que la extremada tensión de sus nervios cedió algo. Al despuntar la aurora, un débil rayo de luz se deslizó por una abertura de las cortinas, y este rayo, vacilante é indeciso, pareció insinuarse hasta su alma, iluminando con nueva luz el caos de sus pensamientos. Entonces comenzó á decirse que, bien mirado, y por desagradable que fuese para ella, Hollfeld había procedido generosamente. Aunque la necesidad de su casamiento le hubiese parecido siempre una visión espantosa, no por eso la había desconocido nunca ¿No debía conmovérle ver cómo él rehusaba obstinadamente pensar en la hora más ó menos próxima de su muerte como fecha que se fijaría para pensar al fin en su propia felicidad? ¿No hacía, después de todo, un grande y penoso sacrificio? Porque, en fin, él la amaba sincera y profundamente, y sin embargo, consentía en casarse, en buscar una compañera, no de su elección, sino ateniéndose á las conveniencias particulares de Elena, que sería dueña absoluta de indicar la persona cuya intimidad le agradase más, ¿había de agravar sus propios pesares, dificultando más aún para Hollfeld el cumplimiento de aquel deber, dejando ver la intensidad del dolor que ella experimentaba? Su primo

deseaba que siguiese con él, á su lado, una vida difícil, sembrada de espinas... ¿Podía mostrarse cobarde en tal circunstancia, en que él esperaba de ella una fuerza heroica, de la que, por lo demás, le daba ejemplo? ¡No, esto no podía ser! Era preciso probar por la grandeza de su abnegación que era muy digna de ser amada; era preciso ser para él un ángel de consuelo, siempre dispuesto á preservarle de todos los pesares ó compartírselos con él. Elena cogió febrilmente la campanilla que tenía á su alcance y la agitó, ordenando después á su doncella que la ayudase á vestirse. Sí, era preciso luchar y vencer, mostrándose fuerte y valerosa; mas para llegar á triunfar de sí misma, necesitaba ante todo conocer el nombre de la persona destinada, en el pensamiento de Hollfeld, á llenar las veces de esposa de conveniencia, de ama de gobierno que llevaría su nombre. Elena había evocado sucesivamente la imagen de todas las jóvenes que formaban parte de su círculo; mas no encontraba ni una sola que ofreciese las condiciones exigidas de resignación y de humildad.

Aún no era llegada la hora en que solía almorzar en compañía de la baronesa y su hijo, pues el Sr. de Walde no tomaba parte en él nunca; pero no pudo resolverse á permanecer más tiempo solitaria en su habitación, y demasiado débil para andar, se hizo conducir en su sillón hasta el comedor. Con gran sorpresa supo por el mayordomo que hacía ya media hora que la baronesa había salido á dar un paseo, cosa extraordinaria en ella, pero sumamente grata en aquella ocasión para Elena, pues habiendo querido que la acercasen á la ventana vió á Hollfeld paseándose por delante del castillo. No sospechaba él de ningún modo que le veían; todo su semblante expresaba un contento que no se podía ocultar; andaba con paso ligero y su actitud indicaba las alegrías del triunfo; de vez en cuando lanzaba una bocanada de humo de su cigarro, observando complacientemente las azuladas espirales, que llegaban hasta Elena por la ventana abierta en que ésta se apoyaba. Entonces se sintió herida en el corazón, porque necesariamente hubo de ver en Hollfeld todos los indicios de una satisfacción grande é íntima. En la ligera sonrisa que entreabría sus labios, en la graciosa ondulación comunicada á su cabello, en todo su ser, en fin, rebosaba la alegría de vivir y como un sentimiento de libertad inesperada... No se descubría en él el menor vestigio de luchas dolorosas, de penas, ni de esas tribulaciones del alma cuyas consecuencias había soportado Elena; ni tenía, en fin, de ningún modo, el aspecto que suelen ofrecer las víctimas de algún grave pesar. O tal vez sería tan poderosa su fuerza de voluntad que le permitía triunfar fácilmente de las penas más crueles, consumando con la sonrisa en los labios el sacrificio que consideraba como un deber.

La señorita de Walde, pensando así, frunció ligeramente el ceño.



... vió á Hollfeld paseándose por delante del castillo

—¡Emilio!, gritó vivamente con tono brusco y casi amenazador.

Hollfeld se estremeció, y de un gracioso salto se halló junto á la ventana con el sombrero en la mano.

—¡Cómo, exclamó, levantada ya! ¿Ya estás aquí? ¿Me será permitido subir para estar á tu lado?

—Sí, contestó Elena con voz más dulce.

(Continuará)

## EL CENTENARIO DE LA DEFENSA

DE SANTA CRUZ DE TENERIFE EN 1797

Recientemente, en los últimos días del pasado mes de julio, conmemoró con singulares festejos la *muy leal, noble é invicta villa, puerto y plaza de Santa Cruz de Tenerife*, las memorables jornadas de 22, 23 y 24 de julio de 1797, en las cuales rechazó el ataque de la escuadra inglesa al mando del *marino más grande* de Inglaterra Sir Horacio Nelson, á quien estaba reservado ocho años después el laurel de la victoria en las fatídicas aguas de Trafalgar, panteón de nuestro poderío naval. Affictiva y desconsoladora era entonces la situación de nuestra patria, entregada á la desatentada política y á las torpezas de un favorito, D. Manuel Godoy, encumbrado por el capricho de una mujer y la debilidad de un monarca, traduciendo cada gestión en un desastre, cada alianza en un descalabro. Desoídos los atinados consejos del conde de Aranda y de otros ilustres próceres, caminaba España á su ruina, incierta y vacilante, sujetos sus destinos á los que malaventuradamente la regían. De ahí la alianza con la República francesa, y como consecuencia de ella la guerra con la Gran Bretaña, que se inauguró con la derrota de una de nuestras escuadras, compuesta de veinticinco navíos y diez fragatas, en 14 de febrero de aquel año en el Cabo de San Vicente. Este descalabro, debido más á la ineptitud del almirante español D. José de Córdoba que á la impericia de sus subordinados y á las condiciones de los buques, fué causa para que Nelson interesara de su jefe superior, el almirante Sir Jhon Jervis, el correspondiente permiso para intentar con su decisión una nueva empresa que sirviera de coronamiento á la tan fácilmente realizada. Encaminóse á Cádiz con el intento de apoderarse de aquel puerto y plaza, viéndose obligado, á pesar de sus esfuerzos, á levantar el bloqueo ante la inutilidad de sus tentativas, que se estrellaron siempre ante las previas disposiciones del insigne general D. José de Mazarredo.

Comprometido su buen nombre y duramente escarmentado por los gaditanos, dirigióse Nelson á Canarias, deseoso de hallar ocasión en que distinguirse al frente de nueve buques artillados con 393 piezas y con dos mil hombres de desembarco. En la mañana del 20 de julio dió vista á Tenerife, disponiendo al siguiente día 21 las fuerzas destinadas al ataque de la plaza, que después de rudos combates, repetidos el 22, 23 y 24, fueron victoriosamente rechazadas, con pérdida de algunas embarcaciones, 226 muertos y 123 heridos, incluso el almirante, que perdió el brazo derecho en el combate del último día y en ocasión en que acudía en auxilio de sus tropas, comprometidas en el ataque del baluarte del puerto. La pericia de Nelson y de sus bravos oficiales y el valor de las tripulaciones resultaron inútiles ante el patriotismo de un puñado de héroes, ya que no otro calificativo merecen la escasa guarnición, las milicias

y paisanos armados que en número total de 1.669 hombres humillaron las armas de la poderosa Albión.

Difícil sería relatar en el limitado espacio de que podemos disponer los gloriosos episodios que se desarrollaron en las jornadas á que nos referimos: bastará que consignemos que todos se portaron como buenos y que la varonil respuesta de *Aún tenemos pólvora y balas para defendernos*, dada por el invicto caudillo de las fuerzas españolas comandante general D. Antonio Gutiérrez al recibir la intimación para rendirse que le dirigió Sir Troubridge, capitán del navío *Culloden*, sintetiza el carácter del pueblo español y la entereza y heroísmo de aquellos valerosos soldados que inmortalizaron con tan hazañosos hechos la historia patria, en la titánica lucha que hubo de desarrollarse después en favor de nuestra independencia.

Vencidos los que arrogantemente pretendieron apoderarse de aquel florón de la corona española, el ilustre Gobernador, que tan señaladas muestras dió de su pericia y de su valor, á pesar de sus años y de sus achaques, selló con un rasgo de magnanimidad é hidalguía la terminación de la lucha, permitiendo el reembarque de las tropas inglesas y auxiliando

convenientemente á los heridos. Este rasgo de bondad y grandeza de ánimo del general español fué altamente apreciado por Nelson, quien antes de abandonar aquellas aguas le manifestó su reconocimiento y gratitud por medio de una comunicación, que tanto honra al que la suscribe como al caudillo á quien iba dedicada.

Con grandes festejos, como hemos dicho celebróse en Santa Cruz de Tenerife la conmemoración de su heroica defensa contra el ataque de la escuadra inglesa: entre ellos merecen especial mención la procesión cívica, el funeral, la comida á los pobres, la fiesta del Club Gimnasta, el certamen literario y el asalto de armas.

La procesión cívica del pendón de la ciudad componiase de todos los elementos importantes de la capital, figurando en ella autoridades, personalidades notables y representantes de todas las corporaciones provistas de sus estandartes.

Los funerales por el eterno descanso de los héroes que perdieron su vida en las referidas jornadas fueron solemnísimos, y en ellos tomaron parte los jóvenes de la sección de canto de la sociedad filarmónica de *Santa Cecilia* y el *Orfeón de Tenerife*, que cantó magistralmente un hermoso tedéum.

La comida á los pobres verificóse en el salón de la sociedad *Santa Cecilia*, en donde se sentaron á las bien provistas mesas unos setenta individuos, á quienes sirvieron varias señoritas y caballeros.

La fiesta organizada por el Club Gimnasta se celebró en la plaza de toros, que presentaba brillantísimo aspecto, y el *clou* de la misma fué la presentación del batallón infantil, que ejecutó bonitas evoluciones de todas clases, demostrando su perfecto estado de instrucción militar.

En el certamen literario, que corrió á cargo del Gabinete Instructivo y para el cual se congregó en el teatro lo más escogido de la sociedad tinerfeña, leyeron inspiradas poesías ó pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Arocena, Chevilly, Cullén, Delgado, de la Laguna y Herrero, y cantó el Orfeón de Tenerife los *Cantos Canarios* de Power y la marcha de *Cádiz*. Los autores de los trabajos premiados resultaron ser los Sres. Pedreira por su «Narración histórica-crítica de los hechos realizados en el ataque y defensa del Puerto y Plaza de Santa Cruz de Tenerife en 25 de julio de 1797,» Arocena por un trabajo análogo, Zerolo por su «Canto épico á la defensa de Santa Cruz de Tenerife» y Perera por su «Oda al amor patrio.»

El asalto de armas tuvo lugar en el antes citado salón de *Santa Cecilia*, que se veía completamente ocupado por distinguidas damas y bellísimas señoritas, ante las cuales dieron pruebas de su dominio del arte de la esgrima los principales aficionados de Santa Cruz de Tenerife.

Digno complemento de estas fiestas fué el número extraordinario que publicó el *Diario de Tenerife*, en el cual se publicaron interesantes grabados y notables artículos, referentes todos al glorioso hecho por



SANTA CRUZ DE TENERIFE. — FIESTAS DEL CENTENARIO. — EL BATALLÓN INFANTIL EN EL MOMENTO DE RECIBIR LA BANDERA EN LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN (de fotografía de la Fotografía Alemana)



SANTA CRUZ DE TENERIFE. — FIESTAS DEL CENTENARIO. — LA PROCESIÓN CÍVICA DEL PENDÓN DE LA CIUDAD DIRIGIÉNDOSE Á LA IGLESIA MATRIZ (de fotografía de Martí)

el pueblo tinerfeño conmemorado.

Bien hace Santa Cruz de Tenerife en recordar aquel gloriosísimo hecho de armas. Bien hace en tributar un homenaje de respeto y simpatía y orar por el eterno descanso de los que sucumbieron en tan noble y patriótica empresa, puesto que al honrar su memoria, al enaltecer sus nombres, se eleva y engrandece, por ser los triunfos alcanzados por sus hijos páginas gloriosas y timbres de su preclara historia.

El amor á la patria sublima y enaltece. Los pueblos que se nutren con el recuerdo de sus gestas se vigorizan y robustecen, hallándose siempre dispuestos á luchar por su independencia. El concepto de patria constituye la vida y el espíritu de las nacionalidades; sin él, sin el sentimiento que engendra el cariño á la tierra en que se ha nacido, al verbo en



SANTA CRUZ DE TENERIFE. - FIESTAS DEL CENTENARIO. - LA PROCESIÓN CÍVICA Á SU PASO POR LA CALLE DE SAN FRANCISCO (de fotografía de la Fotografía Alemana)

que traduce su pensamiento, no sería posible la existencia, ni germinarían en el hombre ideas y sensaciones que le elevan ó le colocan en condiciones de llenar su noble misión.

¡Bien por Santa Cruz de Tenerife! Plácemes merece por haber solemnizado una de sus glorias, con mayor motivo cuando por serlo suya lo es también de nuestra querida patria, tan necesitada hoy del cariño y del esfuerzo de todos sus hijos.

A algunos de los festejos que hemos descrito refiérense los grabados que en el presente número publicamos, reproducciones de fotografías de la Fotografía Alemana, de Martí y de Bonnat, que nos han sido remitidas por varios socios de la Sociedad X, de Santa Cruz de Tenerife, á los cuales damos las gracias por su atención.

A. GARCÍA LLANSÓ

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
 EVITAN DOLORES, RETARDOS  
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIR BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION  
 EXIJESE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK**

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

**CEREBRINA**  
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS Y NEURALGIAS  
 Suprime los Cólicos periódicos  
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provençes, 11 PARIS  
 la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
 Desconfiar de las Imitaciones.

**GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.  
 Baigner en el rótulo a firma  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

**UNGUENTO ROJO MÉRÉ**  
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS  
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones  
 Infiltraciones y Derrames articulares  
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes  
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.  
**BLACK MIXTURE MÉRÉ**  
 BALSAMO CICATRIZANTE  
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.  
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos y Cigarrillos  
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION  
**ASMA**  
 y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias  
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata  
 J. FERRÉ y C<sup>ie</sup>, 102, Rue Richelieu, Paris

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT** DE PARIS  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**PILDORAS Y JARABE de BLANCARD**  
 con Ioduro de Hierro inalterable  
 CONTRA  
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.  
 Exijase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas  
 40, Rue Bonaparte, en Paris.  
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

**ROB BOYVEAU LAFFECTEUR**  
 El Mismo con IODURO DE POTASIO  
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.  
 CH. FAVROT y C<sup>ie</sup>, Farmacutulos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

**Jarabe de Digital de LABELONYE**  
 contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
 Empleado con el mejor éxito  
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
**G GÉLIS & CONTÉ**  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN**  
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>ca</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
 LABELONYE y C<sup>ie</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER**  
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

DIARIO COMPENDIADO, por *Domingo Cabré y Estany*. — La acreditada revista barcelonesa «El consultor mercantil é industrial» ha comenzado a publicar una *Biblioteca Comercial* que ha de ser de gran utilidad para los que al comercio se dedican. El primer volumen, *Diario compendiado*, es un estudio teórico y práctico que enseña á reducir á la mitad el trabajo de la partida doble en el libro Diario y en las cuentas impersonales del Mayor, sin contravenir á las disposiciones del Código de Comercio vigente y sin perjuicio de la claridad y exactitud. Esta obra, de gran interés para los tenedores de libros, véndese á dos pesetas en la Ronda de la Universidad, 3, 3.º, 1.ª

REVISTA CONTEMPORÁNEA. — Los últimos números de esta importante revista madrileña contienen interesantes artículos de G. Iribas, A. de Lapparent, L. Mallada, M. Gil Maestre, R. Méndez de San Julián, E. Bullón Fernández, A. Contreras, C. Cambrero, L. Barrios, F. Bonhours, F. Silvela, G. Hahn, A. López Peláez, G. Vergara, A. García Maceira, J. Benavente y E. Vilelga Rodríguez.

DOS MADRES, por *R. Monner Sans*. — Aproósito patriótico lírico-dramático, en un acto y en verso, muy sentido y bien escrito: su autor lo escribió para que pudiese ser vendido á beneficio de la Asociación Patriótica de Buenos Aires, habiendo sido costeada la edición de 5.000 ejemplares por varios españoles en aquella ciudad residentes.

ROSAS Y ESPINAS, por *Carola*. — Interesante novela que constituye un bonito estudio del corazón humano, que puede compendiarse en el lema que figura al frente de la obra: «No hay otra dicha posible para la mujer que el amor en el matrimonio» Forma un tomo de 176 páginas, editado en Barcelona por el Sr. González Font é ilustrado por Cuchy, y se vende á una peseta.



UNA MALAGUEÑA, cuadro de Pedro Sáenz (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)

JOYA LITERARIA, inéditos y artículos escogidos de *Juan Montalvo*. — Deseando rendir un tributo de admiración á la memoria del ilustre cuanto malogrado escritor ecuatoriano Juan Montalvo, D. Miguel Aristizábal ha reunido en un tomo de cerca de 200 páginas algunos bellísimos trabajos inéditos y artículos escogidos de aquel literato y pensador eminente que es legítima gloria de la América latina. En todos ellos, aparte del interés de las materias tratadas, admírase una elegancia de lenguaje que coloca á su autor al lado de nuestros mejores estilistas. El libro ha sido impreso en Quito (Ecuador) en la imprenta de «El Pichicha.»

CARTA FAMILIAR DE D. JOSÉ BUTRÓN Y CORTÉS. DÉCIMAS, de *D. Emilio José Butrón y de la Serna*. Proceso formado en la Habana al capitán de navío D. Emilio José Butrón. — El dignísimo jefe de la Armada, comandante de Marina de Barcelona D. Emilio Butrón, recientemente fallecido en esta ciudad, publicó poco antes de morir el libro que nos ocupa, incluyendo en él los interesantes documentos que en el título se consignan. La carta familiar de D. José Butrón, abuelo del autor, contiene admirables consejos que debe tener presentes todo buen marino, y lo propio puede decirse de las décimas con facilidad escritas por D. Emilio José Butrón y dedicadas á su hijo Emilio Manuel con motivo de su ascenso á oficial en julio de 1892. El libro ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Luis Tasso y se vende á tres pesetas.

LOS CHICOS, por *Eduardo S. Hermúa* (Mecachis) y *Alejandro Larrubiera*. — Gracioso sainete lírico en un acto, de cuyo éxito, cuando se estrenó recientemente en el teatro de la Zarzuela de Madrid, nos ocupamos en nuestra sección de Miscelánea.

EL CONSULTOR AVÍCOLA. — Los últimos números de esta revista, órgano de la Granja Avícola de San Luis, que con tanto acierto dirige D. Luis M.ª de Febrer, publican, entre otros, interesantes trabajos sobre la cría de pollitos, la selección en la cría de aves, la difteria en las aves, la alimentación, los conejos y las orugas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

**CARRERAS-CAZA**  
**EMBROCACIÓ MÉRÉ** de Chantilly  
**INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR**  
**LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS**  
**FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM ORLEANS**

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** — Se receta contra los **añjos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc.** Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor **HEURTELOUP**, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de **añjos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.**  
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

**VINO AROUD**  
**MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.**  
 DOS FÓRMULAS:  
**I — CARNE - QUINA**  
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.  
**II — CARNE-QUINA-HIERRO**  
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.  
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.  
**CH. FAVROT y C<sup>ia</sup>**, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

**ENFERMEDADES del ESTÓMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con **BISMUTHO y MAGNESIA**  
 Recomendados contra las **Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;** regularizan las **Funciones del Estómago y de los Intestinos.**  
 Exíjase en el rotulo a firma de **J. FAYARD**, 23b, **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

**PUREZA DEL CUTIS** en París  
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó **Leche Candès**  
 pura ó mezclada con agua, disipa **PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOGES, EFLORESCIENCIAS, ROJECES.**  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
**CANDES et C<sup>ie</sup>** B<sup>is</sup> St-Denis, 19

**AVISO Á LAS SENORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS **JORET-HONOLLE**  
**CURA**  
**LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**  
**FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS**  
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la **ACADEMIA DE MEDICINA**  
**PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>o</sup> CORVISART, EN 1856**  
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de **PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS**  
 1867 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALCIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO. de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
**PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine**  
 y en las principales farmacias.

**SIMIENDE DE LINO TARIN**  
 Preparado especial para combatir con suceso  
**Los Estreñimientos, Colicos, Bochorros y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica** (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas».)  
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche  
 La Cajita: **1 fr. 30**  
**POMADA FONTAINE**  
 Son sus efectos admirables contra el **Sarpullido, Eozema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo.** — Fricciones ligeras por la noche.  
 El Boto: **2 fr.; franco, 2 fr. 15** en sellos de correo.  
**JABON FONTAINE** Excelente auxiliar de la **POMADA FONTAINE**  
 La Bola: **2 fr.; franco, 2 fr. 15** en sellos de correo.  
**TARIN, Farmaceutico de 1<sup>a</sup> Clase, ex-Interno de los Hospitales**  
**PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias**

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.,** 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
 Depósito en todas las Farmacias  
**PARIS, 31, Rue de Seine.**

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
 Farmacia, **CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS,** y en todas las Farmacias  
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores **Laënnec, Thénard, Guersant, etc.;** ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL,** con base de goma y de jababoles, conviene sobre todo á las **personas delicadas, como mujeres y niños.** Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES del Pecho y de los Intestinos.**

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN